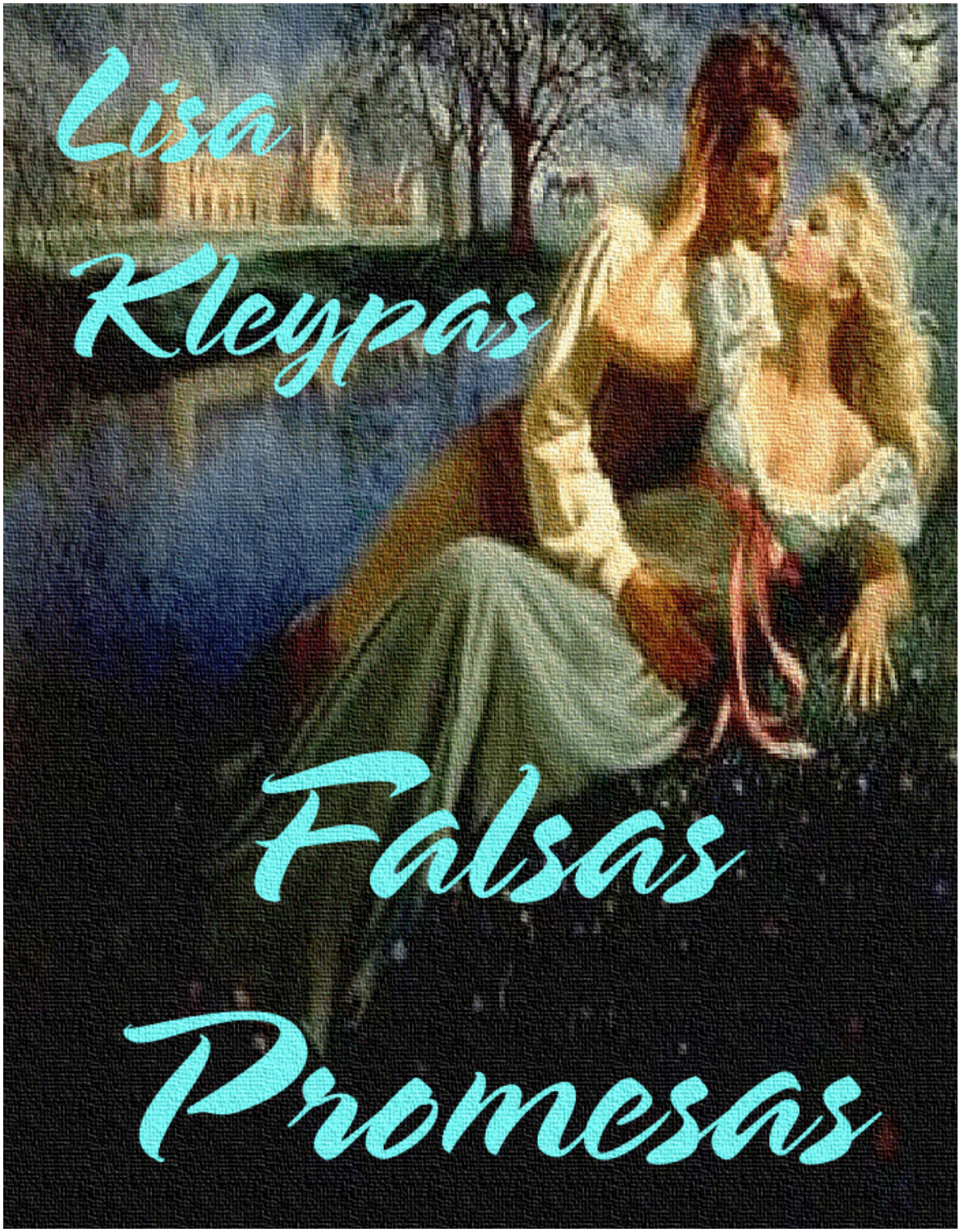
FALSAS PROMESAS
LISA KLEYPAS




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# *1*

*Inglaterra Enero de 1820*

-Otra vez estás pensando en Chance -se oyó la voz exasperada de Elizabeth-. ¡Estás dejando que el recuerdo de ese canalla eche a perder cualquier oportunidad de hacer un buen matrimonio! Es hora de que lo olvides y pienses en tu futuro.

Lidian Acland se volvió con una sonrisa y contempló aquel rostro tan parecido al suyo. Su madre, lady Elizabeth Acland, aún era hermosa a los cuarenta y cinco, pese a que la pérdida del esposo, unos años atrás, le había dejado un rastro indeleble de tristeza en sus suaves ojos castaños.

-He pensado con mucho cuidado en mi futuro -replicó Lidian, con calma-. Pienso esperar que Chance vuelva por mí, todo el tiempo que sea necesario.

Elizabeth suspiró.

-Desde que Chance se fue, hace un año, te he visto quedarte sola en bailes como este, comportándote como si fueras una flor del empapelado, cuando deberías estar bailando y riéndote con otros jóvenes.

-No me interesa ninguno de ellos. -Lidian estiró un brazo hacia su madre y le tocó el brazo, para apaciguarla.

-No entiendo tu obstinación -dijo Elizabeth con suavidad-. Siempre te he conocido bien, Lidian, y esto no es propio de ti.

Siempre habían estado muy unidas, sobre todo los cuatro últimos años, desde que el padre de Lidian, John, muriera de una enfermedad cardíaca. Hasta eran parecidas, las dos menudas y de cabello oscuro, con ojos castaños, del tono del jerez. Tenían el mismo temperamento, práctico y sensato. "Pero yo no soy igual a ti, mamá", pensó Lidian. Ni siquiera Elizabeth comprendía el núcleo romántico donde se albergaban la esperanza, el dolor y los sueños destruidos que había dejado Chance Spencer.

Una junto a la otra, las dos mujeres contemplaron la escena familiar que se desplegaba ante ellas: parejas moviéndose al ritmo de una cuadrilla, jóvenes corteses que abordaban a muchachas ruborosas, viudas y damas de compañía que observaban con mirada vigilante a las niñas que debían cuidar. En otra época, Lidian había participado en las diversiones, haciendo caídas de ojos a los apuestos juerguistas, coqueteando, bailando... le encantaba bailar hasta que las faldas se le enroscaban en los tobillos. Y entonces conoció a Chance, y su corazón se perdió para siempre. Era el único hombre que querría jamás.

-Mamá -murmuró-, debes aceptar que sé lo que es mejor para mí.

-Pero has estado metida en el campo la mayor parte de tu vida. ¿Cómo puedes saber lo que es mejor? Ahora, estás tomando decisiones que afectarán el resto de tu vida. Cada muchacho que rechazas podría ser el que te hiciera realmente feliz.

-Jamás podría ser feliz casándome con un hombre al que no amara.

-Hay otras cosas tan importantes como el amor. Bondad, afecto, seguridad... todo lo que yo tuve con tu padre. La pasión y el romanticismo se disipan, pero la amistad perdura toda la vida.

-Cuando Chance regrese, tendré todo eso.

-Me gustaría que regresara -replicó Elizabeth, airada-, así podría decirle lo que opino de él. -Sonrió mientras hablaba, para que los demás invitados al baile de los Torrington creyeran que sostenían una conversación intrascendente-. ¡Dejarte pendiente de las cuerdas de tu corazón durante años, mientras él galantea por todo el continente...!

-Mamá, por favor... ya hemos tenido esta conversación cientos de veces.

Elizabeth le tomó la mano y se la oprimió.

-Ya sabes que lo que te digo es porque estoy preocupada por ti, querida. No creo que pienses que Chance regresará. Pero eres demasiado obstinada para admitirlo, ni siquiera para ti misma. Tienes miedo de que vuelvan a herirte y has decidido no confiar más en ningún hombre, porque Chance Spencer te engañó. Y es mi culpa que le hayas entregado el corazón a un miserable como él.

-¿Tu culpa? -repitió Lidian, sorprendida.

-Sí. Desde que John murió, he dependido de tu ayuda para dirigir la propiedad y a los inquilinos. Cuando las otras muchachas estaban bailando y coqueteando, tú sacrificaste tus mejores años sentada tras montañas de libros de contabilidad, tratando de exprimir las monedas para nuestro presupuesto y lograr que las cuentas cerrasen...

-Quería ayudarte. -Lidian pasó el brazo por la cintura de su madre-. Si tú y yo hubiésemos perdido la propiedad, jamás me lo habría perdonado. Y creo que nos las hemos arreglado bastante bien.

-Puede ser-dijo Elizabeth, con expresión afligida-. Por desgracia, eres más ingenua que la mayoría de las muchachas de tu edad, Lidian. Perdóname que lo diga, pero es verdad. Tienes ideales demasiado elevados... has sido protegida de las experiencias que podrían haberte dado un conocimiento más cabal de la vida. Chance lo percibió y se aprovechó de ti. Lo que no entiendo es por qué insistes en serle leal.

Como no tenía una respuesta a eso, Lidian suspiró y contempló el salón. Los que ofrecían el baile eran los Torrington, porque la hija cumplía diecisiete años. Corrió la voz de que asistirían numerosos solteros, y por eso, padres ansiosos de todo Berkshire y condados vecinos habían llevado a sus hijas. Sin embargo, el Honorable Chauncey Spencer no estaba presente, y en lo que a Lidian se refería, era el único hombre que podía interesarle.

¿Sólo había pasado un año desde que Chance la cortejara con tanto ardor, con tanta ternura? Había conquistado el corazón de Lidian, y después, la había dejado. Había dicho que quería vivir más la vida. Antes de comprometerse con las responsabilidades del matrimonio, de una esposa, hijos, quería hacer un viaje por el continente europeo, pero luego volvería a ella. Le pidió que lo entendiera, y Lidian hizo como que entendía, porque se sentía demasiado insegura de sí misma» demasiado embelesada para protestar.

Quizá su madre tenía razón. Lidian no quería convencerse de que Chance jamás regresaría a buscarla. El problema era que no podía olvidarlo, ni seguir adelante con su vida. Ningún otro hombre tenía ese encanto malévolo... nadie más la interesaba.

-Mira allá, Lidian -oyó la voz de la madre-. ¿Ves a aquel caballero alto que está junto a la puerta?

Lidian fijó la mirada en el desconocido, hombre de unos veinticinco años. Sólo un asiduo deportista podía tener ese cuerpo atlético y esa piel bronceada. Su cabello rubio leonado estaba pulcramente cepillado, pero ya le caía sobre la frente, encima de un par de ojos brillantes, de gruesas pestañas. Ciertamente era muy apuesto... pero le faltaba el oscuro atractivo de Chance Spencer. Estaba de pie, con la mano en la cintura de una joven rubia y la guiaba, protector, entre la gente.

-¿Quién es? -preguntó Lidian, sin demasiado interés.

-Estoy segura de que es lord Eric De Gray. Hace años que no lo veo... ¡pero es la viva imagen de Edgar, su padre! Y la muchacha que está con él debe de ser su hermana, Dorothy. -Al ver que la mirada de la hija estaba fija en el recién llegado, Elizabeth se entusiasmó-. Yo mantenía una estrecha relación con los De Gray mientras tu padre vivía. Desde entonces, nos hemos apartado, pero sigo sintiendo gran afecto por ellos. El hijo mayor, Edward, murió hace poco en un accidente con un caballo... una pena. ¡Pero, caramba, cómo ha madurado Eric! Tengo que encontrar el modo de presentártelo...

-No, mamá -repuso Lidian, con firmeza-. No tengo interés en conocer a nadie. Acepté asistir al baile sólo porque tú insististe.

-Pero, querida...

Moviendo la cabeza, Lidian se alejó hacia la mesa de los refrescos, siguiendo un camino despejado para atravesar el salón.

Lord Eric De Gray no quitó la mano de la cintura de su hermana mientras la guiaba entre la gente, eludiendo diestramente saludos y preguntas ansiosas. Se abrieron paso hasta la mesa de los refrescos, entre un mar de caras sonrientes. El joven las ignoró a todas, indiferente a las miradas que se dirigían hacia él.

-Dios mío, Eric -exclamó su hermana, agitada-, no tenía idea de que eras tan solicitado. ¡Acabo de oír decir a una mujer que eres la sensación de la temporada!

-No sé por qué será -dijo, cínico, aunque los dos lo sabían.

La familia acababa de recibir una lluvia de títulos que les habían pertenecido desde décadas atrás. Los títulos, y muchas propiedades, habían sido revocados cuando el antecesor de De Gray fuera acusado de traición en la guerra civil inglesa. Ahora un renombrado historiador había demostrado que el acusado era inocente y, entonces, el Parlamento concedió a los De Gray la restitución completa de lodo lo que les había sido arrebatado.

El año anterior, habían pasado de ser terratenientes pobres a muy ricos, y todos reaccionaron del mismo modo. El deseo de casarse con un De Gray había llegado a un altísimo grado. Si el hermano mayor, Edward, aún hubiese vivido, Eric se habría visto libre de continuar con una vida relativamente normal. Pero Edward había muerto hacía dos años; entonces Eric era el hijo mayor que quedaba vivo, el primero en la línea de herencia del título paterno. Para él, no significaba nada. Habría dado cualquier cosa por tener otra vez a su hermano. Todo el privilegio y la atención deberían haber sido para Edward... que lo habría manejado con su habitual sabiduría. Eric, en cambio, tuvo que asumir una posición de influencia que jamás esperó ni quiso.

Las madres que en otro tiempo temblaban de pensar que Eric podría interesarse por sus hijas, ahora trataban desesperadas de atraer el interés del joven en ellas. Las damiselas que lo habían rechazado ahora estaban bien dispuestas a coquetear, agitar las pestañas ante él y aceptar cualquier cosa que quisiera. En otro tiempo, se habría sentido halagado por semejante atención, pero ahora la ferviente persecución le daba un cínico placer. Quería a alguien que pudiese vigilar la flamante fortuna de los De Gray y que sólo tuviese ojos para él, y deseaba lo mismo para Dollie. Para proteger a su hermana de los cazafortunas, Eric la acompañaba a bailes, veladas y compromisos sociales. La vigilaba atentamente y le brindaba protección y consejo cada vez que ella lo requería.

-Ahora, puedes casarte con cualquier mujer que se te antoje -señaló Dollie.

-No deseo casarme -dijo Eric-. Durante mucho tiempo, al menos, no.

Tres jóvenes sitiaron a Dollie, haciéndola sonrojarse hasta las raíces del cabello rubio claro. Luchaban, ansiosos, por atraer su atención, trayéndole vasos de ponche y platos con bocadillos para que los saborease. Mientras Eric se tironeaba del borde de la corbata, que parecía cortarle el cuello, captó la figura de una muchacha que se abría paso hacia la mesa de refrescos. Le clavó la vista, súbitamente interesado.

Llevaba el cabello negro peinado hacia atrás, apartado del rostro, que parecía de una pureza y una tersura imposibles. Tenía una figura delgada y hombros medio desnudos que relucían, tentadores, a la luz de los candelabros. Era una pena que tuviese una expresión tan vacía, un semblante sin vida, como una máscara. Siendo tan bella, ningún hombre se acercaría a una muchacha que parecía tan poco interesada en el ambiente que la rodeaba. Ya había conocido mujeres así, cascaras vacías, sin nada dentro. Pero esta era tan deslumbrante, con su piel de porcelana y su reluciente cabello negro, que le costó convencerse de que era como las otras.

-¡De Gray! -oyó la voz de su viejo amigo George Seaforth, un hombre bajo, de rizos rojos cortos y abundantes pecas. George había sido compañero de escuela de Eric. Siguiendo la mirada de

Eric, vio a la muchacha de cabello oscuro y sacudió la cabeza-. Esa es la señorita Lidian Acland -dijo-. Hija del difunto sir John Acland. No pierdas tiempo con ella, De Gray.

-¿Por qué no?

-Está comprometida con alguien. AI parecer, lo está hace mucho tiempo. Dicen los rumores que está enamorada de un inútil llamado Chance Spencer, y que no tiene interés por ningún otro hombre. Además, no tiene dote que valga la pena. Desde que murió el padre, los cofres de la familia están exhaustos.

Eric no reaccionó visiblemente ante esa última afirmación, salvo esbozar una irónica sonrisa. Dos años antes, lo mismo se decía de él mismo. Era el segundo hijo, y sólo tenía perspectivas modestas. No sería él quien rechazara a una mujer basándose en la cuantía de la dote. Volvió la mirada a la señorita Lidian Acland y se preguntó que se ocultaría tras ese rostro bello y misterioso.

En el mismo momento en que Lidian llegó a la mesa donde estaban servidas las vituallas, registró disturbios, cerca de allí. Una rubia delgada, lady DeGray, si no se equivocaba, acababa de recibir un empujón mientras sostenía el ponche en la mano. El líquido del color de las fresas le había salpicado el vestido de seda blanca. A punto de llorar, la muchacha miró, impotente, la mancha, mientras los tres jóvenes que la rodeaban rompían en efusivas disculpas.

De inmediato, Lidian pasó entre los atribulados hombres y llevó a la muchacha a un rincón, lejos de las miradas. Secó la mancha con una servilleta limpia.

-No es más que una pequeña salpicadura -dijo, en tono alegre, sonriendo a la afligida muchacha-. No te preocupes, la cubriremos con algo. Nadie lo notará.

La muchacha estaba encarnada de vergüenza.

-Estaban tan cerca... yo tenía el codo apretado...

-Nos pasa a todas -repuso Lidian, consolándola-. Lo he visto infinidad de veces. Una vez se me cayó un trozo de tarta azucarada sobre la delantera y me dejó una mancha justo en... bueno, ya te imaginas. -Sacó la orquídea rosada que llevaba prendida al corpiño, y que era el único adorno que podía permitirse. La prendió con cuidado en la cintura de la otra muchacha, ocultando la mancha de ponche-. Ya está, la flor queda perfecta.

-Pero tu vestido queda demasiado despojado sin ella -exclamó la chica, y se sonrojó más aún-. Oh, no quisiera...

-No hay problema -dijo Lidian, conteniendo !a risa-. En serio. A propósito, me llamo Lidian. Lidian Acland.

La muchacha se señaló a sí misma.

-Dorothy De Gray. Pero tienes que llamarme Dollie, como lo hacen mi familia y mis amigos. -Recuperándose de su intensa incomodidad. Dollie le sonrió-: Eres muy buena.

-En absoluto... -empezó a decir, pero las palabras se le quedaron en la garganta cuando un hombre se les aproximó.

Eric De Gray, que de lejos era sencillamente apuesto, de cerca era impactante. Salvo por una pequeña cicatriz en el costado del mentón, sus rasgos eran perfectos. A Lidian la extasiaron los ojos, del frío verde grisáceo de un lago escocés. Los iris estaban bordeados de negro, destacándose ese borde oscuro contra el verde más claro, como salpicado de humo. Esa mirada la incomodó. Apartó la vista con gran esfuerzo, sintiendo que le subía un sonrojo desde el cuello.

Eric contempló a la circunspecta joven que tenía delante. La máscara había ocultado otra vez el rostro... pero ya era tarde. Había visto cómo le sonrió a Dollie, con una sonrisa que era como un relámpago de inesperada y hechicera calidez. Había cedido su único adorno para ahorrarle la vergüenza a la hermana de Eric... y casi no podía permitirse el lujo de perderlo. Sin la orquídea, nada distraía la atención del hecho de que el vestido era de bajo coste, y un poco amarillento por el tiempo. Lo intrigaba como ninguna mujer lo había hecho en mucho tiempo. Quería verla sonreír otra vez... quería abrazarla y soltar las hebillas que sujetaban ese cabello negro.

Dollie los presentó con la soltura que da la práctica, y Eric hizo una cortés reverencia.

-Parece que ha venido usted a salvar a mi hermana, señorita Acland.

La joven comenzó a retroceder, dejando claro que no quería conversar con él.

-No me ha causado ningún problema, milord. Si me disculpa...

Eric hizo un gesto hacia la atestada pista de baile.

-¿Tiene concedido este baile, señorita Acland?

Lidian vaciló e hizo ademán de consultar su carnet de baile, abriendo las delgadas tapas de plata para observar las páginas de color marfil: estaban todas en blanco.

-En realidad, no, pero no...

-Por favor, hágame el honor.

Extendió el brazo en un gesto demasiado insistente para rechazarlo.

Sonriendo encantada, Dollie quitó la servilleta manchada de la mano de Lidian.

-Ve -la instó-. Disfrutarás de bailar con mi hermano... lo hace muy bien. -Le lanzó un guiño a De Gray-. Iré a conversar con las matronas que están en el rincón.

Ante la gentil provocación, Lidian no encontró modo de negarse con desgana, apoyó los dedos enguantados en el brazo fuerte y sólido de De Gray, y él la guió al remolino de parejas que danzaban. Sus manos le transmitieron autoridad, una de ellas en la parte baja de la cintura, la otra, rodeándole delicadamente los dedos. La llevó en un vals tan ligero y fluido que se sintió como si sus pies casi no tocaran el suelo.

La voz de De Gray era profunda y serena, con un agradable matiz ronco.

-No tiene por qué sentirse tímida.

Al comprender que estaba rígida como una tabla, Lidian ordenó a sus músculos que se relajaran. Mientras bailaban, muchos de los presentes los observaban con atención. Las mujeres abrían los abanicos de seda y murmuraban tras ellos. Con intensa conciencia de la atención que despertaban, Lidian frunció el entrecejo, molesta.

-¿No le gusta bailar, señorita Acland? -le preguntó De Gray.

-Hubiese hecho mejor en invitar a cualquier otra -le respondió ella sin rodeos.

La miró interrogante, alzando una ceja.

-¿Por qué?

-Porque estoy prometida a otro.

-¿Está formalmente comprometida?

-No. Pero le entregué mi corazón a él. -Lo miró en los ojos, y añadió, con aire significativo-: Es mi verdadero amor.

En lugar de mostrarse apenado, De Gray pareció divertido.

-¿Y dónde está ese verdadero amor suyo, señorita Acland?

-En estos momentos, está viajando por el continente. Pero pronto vendrá a buscarme.

-Claro -dijo, en tono condescendiente-. Entretanto...

-Entretanto, lo esperaré.

-¿Cuánto tiempo?

-Para siempre, si es necesario.

-Debe de ser un hombre fuera de lo común para merecer semejante devoción.

-Sí, es...

Contemplando aquellos ojos verde grisáceo, Lidian olvidó lo que iba a decir. Tenía un efecto singular sobre ella: la hacía sentirse un poco fuera de equilibrio. Nunca se habría imaginado que la conmoviese alguien tan diferente de Chance. De Gray no tenía ni pizca del encanto juvenil y per-

verso de Chance, nada de su aire canallesco. Este hombre, en cambio, era seguro y la intimidaba. Intentó imaginarse cómo sería De Gray si estuviera enamorado. Debía de ser abrumador. Debía de ser capaz de hacer sufrir a una mujer, si se le ocurría. Al pensarlo, un escalofrío le recorrió la espalda. ¡Gracias al cielo, no tenía semejante poder sobre ella!

-Háble me de él -le dijo De Gray.

Lidian frunció la frente, como si buscara las palabras exactas para describir a Chance.

-Es apuesto... lleno de vida... huidizo. No le gusta quedarse mucho tiempo en un solo sitio. Anhela la excitación y la aventura, y arrastra a todo el mundo con él.

A Eric lo fascinó el modo en que la timidez de Lidian se disipó por un momento, permitiéndole atisbar el alma romántica que ocultaba. No tenía experiencia con los hombres... cosa evidente en el precio que pagaba por su equivocada lealtad al amor errante.

-¿Cuándo fue la última vez que estuvo con él? -le preguntó. Al ver que apartaba la mirada y no le respondía, insistió-: ¿Hace un año? ¿Más?

-Un año -respondió, rígida.

-¿Le ha escrito?

Lidian contuvo todo signo de irritación, y su semblante se volvió tan cerrado y carente de expresión como antes.

-No quiero hablar de él.

-Por supuesto, señorita Acland.

Pese a que su tono era cortés, Lidian supo lo que él estaba pensando: que ella era una tonta y que Chance nunca volvería a buscarla. Esperó, impaciente, que terminara el vals. ¡Hombre arrogante! No sabía nada de Chance. No entendía la magia que ligaba a Chance con ella, y a ella con él. Lo que compartían estaba muy lejos de lo común: los besos dulces y embriagadores, el modo en que Chance la provocaba, cómo ella no dejaba de sonreír cuando estaba con él. Tenía la impresión de que Chance había salido de las páginas de una de esas novelas románticas que leía con tanta avidez, o de esos poemas de anhelos y amores apasionados. No quería nada menos que eso.

La música acabó con un floreo, y lord De Gray la escoltó a un lado del salón, donde la esperaba su madre. Elizabeth se mostró serena mientras intercambiaba unas palabras con De Gray, pero Lidian veía que, por debajo, su madre estaba desbordando de excitación.

-Milord -dijo Elizabeth, sonriendo-. Estoy segura de que no me recuerda. La última vez que lo vi, era usted un niño pequeño.

-Recuerdo un poco, lady Acland -dijo De Gray-. Usted solía visitarnos y pintaba acuarelas junto con mi madre.

-¡Sí, así es! Por favor, dígale a la duquesa que la recuerdo con mucho cariño.

-Espero que nos hará el honor de adornar otra vez nuestro salón, lady Acland. Transmitiré a mi madre sus saludos. -Se inclinó sobre la mano de Elizabeth y la besó con respeto y luego se volvió hacia Lidian, con un brillo provocativo en sus ojos verdes-. Gracias por el baile, señorita Acland.

Lidian le dedicó una rápida reverencia, todavía exasperada por sus preguntas indiscretas y su actitud condescendiente. Cuando se alejó, ella le dio la espalda y suspiró, aliviada de que el episodio hubiese terminado.

Para su congoja, vio que los ojos de la madre estaban llenos de la expresión ansiosa de las casamenteras.

-Es tan encantador como apuesto -exclamó Elizabeth-. Y cuando bailaban, se os veía maravillosos a los dos juntos.

-Mamá, de esto no resultará nada -dijo Lidian, cortante-. Está acosado por mujeres esperanzadas. Y yo le he dicho que no tenía interés en el matrimonio.

-¿Qué le has dicho? -El entusiasmo de Elizabeth se desinfló rápidamente-. Lidian, dime que estás bromeando...

-En serio. Le he explicado que estaba esperando a otro hombre.

-Oh. -La frente de Elizabeth se crispó de decepción-. Sólo puedo decirte que espero que sepas lo que estás haciendo, Lidian. ¡Mira que alejar a un hombre como De Gray y fijar tus esperanzas en ese tunante de Chance Spencer...! -Sacudió la cabeza y apretó las mandíbulas-. He estado pensando en comunicarte una decisión que he tomado hace poco.

Lidian lanzó una mirada cautelosa a su madre, esperando que continuara.

-El otro día vi el anuncio de una casa pequeña que quedará libre durante la temporada... está muy bien situada: está un poco al Sur de St. James. Nos vendrá bastante bien.

-No tenemos ninguna necesidad de alquilar una casa en Londres -dijo Lidian, agitada-. Casi no podemos pagar un techo que nos cubra las cabezas, así como estamos. ¡Mamá, es imposible que pretendas desperdiciar dinero por quedarnos en Londres, para conseguir un marido para mí!

-No es un desperdicio -replicó Elizabeth, terca-. Es una inversión en tu futuro. Estás convencida de que amas a Chance porque nunca te has relacionado, realmente, con ningún otro hombre. Después de cierto roce en la ciudad, verás cuánta vida tiene para ofrecerte.

-Mamá, es la idea más ridicula que hayas...

-Estoy decidida.

-¡Nos arruinaremos!

-Puede ser. Pero al menos tendrás una oportunidad decente de conseguir un marido. Y si John estuviese vivo, sé que estaría totalmente de acuerdo conmigo.

Se encaminó hacia una silla desocupada, bajo la mirada ceñuda de su hija.

Lidian estaba sentada en la pequeña biblioteca de Acland Hall, en la silla que en otro tiempo habría ocupado su padre. Con esfuerzo, sumó las entradas más recientes de sus libros de contabilidad. Entretanto, Elizabeth supervisaba al reducido personal, dos doncellas y una cocinera, mientras continuaban las tareas cotidianas de limpieza y remendado. Como no podían pagar más personal, Elizabeth estaba siempre atareada con las tareas que otras mujeres de su clase pocas veces debían realizar. John Acland había dejado una mínima herencia a la familia y unos ingresos anuales de una propiedad que apenas cubrían los magros gastos.

Lidian era una administradora diligente de la propiedad y se ocupaba tanto de las necesidades de los inquilinos como de las de la familia Acland y de los criados. Era una responsabilidad fatigosa, pues siempre debía economizar y escatimar, sin salir nunca de deudas. La casa comenzaba a reflejar las duras circunstancias por las que pasaban, pero aún no había perdido su encanto. Acland Hall y sus muebles eran viejos y gastados, pero encantadores de tan bien cuidados. Los paneles de madera brillaban de tan lustrados y las alfombras desteñidas y los tapizados se mantenían inmaculados.

¡Si algún día pudiesen restaurar la antigua belleza del hogar...! Lidian se sentía culpable por no haberse casado con alguien que pudiera hacerlo posible. Su madre merecía una vida cómoda y fácil. Lidian sabía que era egoísta pensar sólo en sus propios deseos en lugar de ocuparse de lo más conveniente para la familia y quienes dependían de ella. Pero no podía dejar de amar a Chance y soñar con vivir con él. Y no podía soportar la idea de un frío matrimonio arreglado.

Mientras contemplaba las largas listas de cifras trazadas con su propia escritura pulcra, Lidian oyó un golpe amortiguado en la puerta principal. Una de las doncellas atendió, y pronto llegó una exclamación encantada de Elizabeth. Intrigada, Lidia dejó la pluma y salió de la biblioteca. Fue al vestíbulo de entrada y se detuvo, atónita Su madre y una doncella forcejeaban para levantar un enorme arreglo floral y colocarlo sobre la mesa de caoba que ocupaba el centro del vestíbulo.

-Qué preciosidad -dijo Lidian, con los ojos dilatados de sorpresa.

Elizabeth se precipitó hacia ella con una tarjeta entre los dedos.

-Acaban de entregarla para ti. ¡Toma, debes leerla de inmediato!

Agradeciéndole su encantador obsequio a Dollie Lord De Gray.

El arreglo consistía en orquídeas rosadas, idénticas a la que ella había prendido en el vestido de Dollie, la noche anterior. Lidian se quedó mirando, pasmada, la profusión de carísimas flores. Nadie había tenido un gesto tan grandioso para con ella. Lentamente devolvió la tarjeta a Elizabeth, tomó uno de los capullos que sacó del ramo y acarició los pétalos graciosamente arqueados.

-Tiene la intención de visitarnos pronto -dijo Elizabeth, triunfal-. Apostaría mi vida a ello.

Lidian no sabía qué pensar.

-Creo que no pondré ninguna objeción a eso, aunque no entiendo porqué...

-Lord De Gray está interesado por ti, Lidian! -En un instante, la mente de Elizabeth se concentró en las cuestiones prácticas-. Tenemos que reacomodar los muebles en el recibidor y cambiar las fundas bordadas de las sillas por las buenas que están en el piso de arriba... ah, y la cocinera tiene que tener preparados unos pasteles y bizcochos para cuando él llegue...

Corrió hacia la cocina, mientras Lidian contemplaba las flores, perpleja.

Contrariando las expectativas de Elizabeth, lord De Gray no fue a visitarlas. Y, aunque Lidian se sintió aliviada por ella misma, se irritó cada vez más con aquel hombre, al ver que las esperanzas de su madre se desvanecían cada día. Por desgracia, el episodio pareció fortalecer la decisión de su madre de alquilar una casa en Londres, para el resto de la temporada. Hasta ese momento, Lidian había logrado disuadirla, pero sabía que su madre aún no abandonaba las esperanzas.

Atareada, Elizabeth revisó el puñado de invitaciones que habían recibido para el mes siguiente e insistió en que Lidian la acompañara a un baile privado que daban unos amigos en Londres.

-Nunca faltamos al baile anual de los Willoughby -dijo, enfática-, y este año es más importante aún que vayamos.

-¿Por qué? -preguntó Lidian, con sequedad.

-Porque lady Willoughby, en su carta, me dice que ha invitado a varios caballeros solteros, prominentes... entre los cuales está lord De Gray.

-No tengo interés en lord De Gray ni en ningún otro hombre, excepto...

-No lo menciones -rogó Elizabeth, tapándose los oídos con las manos-. Prométeme que asistirás, Lidian. Hazlo por mí, por favor.

La casa de los Willoughby en Londres tenía un elegante mobiliario de estilo francés, con delicadas sillas y mesas que se destacaban contra un fondo de pinturas y paredes revestidas de seda. El piso del salón de baile estaba tan lustrado que resplandecía, y el aire estaba perfumado a cera de abejas y a flores.

Al ver el lujo del ambiente, Lidian se alegró de haberse puesto el único vestido nuevo de la temporada, de seda blanca, cubierto con una capa de gasa verde menta. El corpiño estaba cortado a la última moda, con la cintura varios centímetros más abajo que el estilo del año anterior. Enfatizaba la redondez de los pechos y se abría en las caderas, en suaves pliegues. Lidian se había rizado el cabello con tenacillas y lo sujetó en la coronilla. En un intento de sujetar el peinado, se colocó una enorme cantidad de horquillas para sostener la masa de rizos negros, la mayoría de los cuales eran demasiado suaves y finos para permanecer demasiado tiempo como estaban.

Como correspondía, Lidian intercambió saludos con los Willoughby y acompañó a la madre al salón donde se servían los refrescos. Conversaron con amigos y comieron exquisiteces de pequeños platos de porcelana, mientras llegaba hasta ellas la música que emergía del salón de baile.

Atraída por la embriagadora melodía, Lidian fue hasta la entrada y echó un vistazo al salón. Las parejas giraban al ritmo de la música, son-riéndose, mientras trazaban graciosos arcos sobre el piso. Recordó la primera vez que había bailado con Chance, en un baile igual a este. La había lomado en sus brazos sin que los presentaran, ignorando las carcajadas sobresaltadas de la muchacha.

-¿Qui-quién es usted? -le espetó, automáticamente, mientras lo seguía.

Era malicioso, oscuro, atrayente, diferente de los demás jóvenes corteses que la habían abordado esa noche.

-Mi nombre no tiene importancia -había replicado él, sonriéndole-. Y tampoco el de usted.

-¿Cómo dice?

La audacia del hombre la escandalizó.

-Lo único que importa es que estamos destinados el uno al otro.

-¡Usted ni me conoce! -exclamó Lidian.

-Sé que es la muchacha más bella que he visto jamás. Lo demás podrá contármelo después.

Chance la había arrastrado a la vida y le había robado el corazón con un encanto tan seductor que ningún otro podría igualar. La hizo sentirse bella, deseable, especial. Nostálgica, Lidian contempló a los bailarines, con la mente absorta en el pasado.

-Vuelve a mí, Chance -murmuró-. Vuelve...

-Señorita Acland.

Una voz suave la sacó de su ensimismamiento. Alzó la vista, sobresaltada, y vio a lord Eric De Gray de pie ante ella. Era tan apuesto como lo recordaba, con sus facciones aquilinas y esa mirada que parecía capaz de leerle los pensamientos. Su cabello rubio oscuro estaba peinado apartado de la cara, pero había un mechón que amenazaba caer sobre la frente. Tenía un aspecto impresionante, elegante, con una chaqueta azul oscuro, la rígida corbata blanca y los pantalones beige. Incluso en esa actitud relajada, transmitía una sensación de fuerza y energía que la hacía querer retroceder.

-¿Todavía pendiente del amado ausente? -le preguntó.

-No estoy pendiente -dijo, con gran dignidad-. Estoy esperando.

-¿Puede estar segura de que no está con otra mujer, señorita Acland? Podría tener a otra entre sus brazos, en este mismo momento.

Respondió a la provocación con una mirada helada.

-Estoy empezando a considerar ofensiva esta conversación, lord De Gray. -Hizo una pausa y agregó con desgana-: Pero gracias por las flores.

El hombre sonrió y le tendió la mano.

-Hónreme con un baile, señorita Acland.

-No puedo, lo siento.

Apartó la vista, apretando en el puño el pequeño carnet de baile.

En lugar de discutir, él se encogió de hombros.

-Está bien. Mándele mis saludos a su madre.

-Gracias -murmuró, y lo vio alejarse.

Sintió un fugaz arrepentimiento, sabiendo que un baile no significaba nada. Quizás hubiese debido disfrutarlo. Pero no quería alentar a De Gray ni dar falsas esperanzas a su madre.

-Lidian. -Su madre apareció a su lado-. ¡Te he visto hablando con lord De Gray! ¿Qué te ha dicho?

-Nada, mamá. Sólo quería mandarte saludos. Hubo oleadas de excitación femenina cuando De Gray se aproximó a un grupo de muchachas que estaban con sus matronas acompañantes. La hermana, Dollie, que estaba entre ellas, lo agarró del brazo y lo atrajo a la conversación. Tras unos minutos, escoltaba a una atractiva rubia al centro del salón, le hacía una breve reverencia y la tomaba en brazos para bailar el vals. De Gray era un excelente bailarín, que hacía lucir a su compañera.

Lidian apartó la vista de ese espectáculo, luchando contra la duda y un irracional aguijonazo de celos. Por alguna razón, de pronto se sintió irritada contra Chance, contra lord De Gray y contra todos los hombres en general. No quería observar a aquellas muchachas tan animadas, decididas a

cobrarse sus piezas matrimoniales... quería estar en algún sitio tranquilo e íntimo, alejada de la música y de la charla superficial.

Esperó a que la atención de su madre estuviese concentrada en una discusión con viejas amigas y luego salió del salón. Como hacía años que estaba familiarizada con la casa de los Willoughby, sabía a dónde quería ir. Saliendo del salón de baile, atravesó el cuarto de juegos, en donde los más ancianos gustaban congregarse, y el cuarto de caza, donde solían fumar los hombres, y se encaminó a un grupo de recibidores, al otro lado de la casa. Al encontrar una pequeña sala desocupada. Lidian cerró la puerta tras ella lanzando un suspiro de alivio. El cuarto estaba en silencio y en penumbra, salvo por el resplandor de un tronco ardiendo sobre la parrilla de la chimenea, detrás de la pantalla. Se quitó los largos guantes blancos, los tiró al suelo y estiró las manos hacia el fuego. Al menos durante unos minutos, gozaría de cierta paz.

La puerta se abrió tan silenciosamente que no la oyó. De pronto, la voz de un hombre la sobresaltó y giró en redondo, con los ojos dilatados. -No es correcto que esté sola, señorita Acland. Lord De Gray entró en la habitación y cerró la puerta. Lentejuelas rojas y doradas del fuego jugueteaban en sus facciones a medida que se acercaba a ella, haciendo resaltar las sombras y los ángulos del rostro. Su mirada recorrió la figura de Lidian, enfundada en seda blanca, con la diáfana nube de gasa verde que la rodeaba.

Lidian intentó recuperarse de la sorpresa recurriendo al sarcasmo. -Tampoco es correcto que usted esté aquí, conmigo, milord. Le agradecería que se marchase. No deseo que me acompañe.

-Hay sólo dos razones posibles para eso. Una es que no me halla | atractivo... y eso no lo creo.

Lidian se sintió, a un mismo tiempo, divertida e indignada. -Tiene muy buena opinión de sí mismo, ¿no?

-La otra es que cree estar enamorada de otro hombre.

-Estoy enamorada de otro hombre.

-¿Y nadie puede hacer que lo olvide?

-Ni por un minuto.

-Sin duda, él es el único hombre que la ha besado.

-Me han besado muchos hombres -mintió, sin inmutarse.

La risa brilló en los ojos de Eric.

-Hubiese querido ser yo uno de ellos.

Lidian se cruzó de brazos y lo miró, ceñuda.

-Por favor, milord, vayase.

De Gray estiró la mano para acomodar un minúsculo pliegue de la gasa verde del corpiño. El contacto fue leve pero íntimo y provocó una aceleración del corazón de la muchacha.

-Espero que no me tenga miedo.

-Naturalmente que no -logró decir, ansiosa de retroceder, pero decidida a no ceder terreno-. Estoy enfadada con usted.

La mirada de Eric siguió brillando, divertida.

-Dentro de un momento, estará más enfadada aún.

-¿Por qué...?

Atónita, sintió que la rodeaban aquellos brazos de acero y sus manos quedaban atrapadas entre los dos cuerpos. Sorbió una bocanada de aire y se disponía a gritar, cuando la boca de él se abatió sobre la de ella en una sensación cálida y aplastante a la vez. Se retorció y forcejeó, pero no pudo soltarse del abrazo. Con la cabeza echada atrás, un mechón sedoso de cabello suelto del peinado cayéndole sobre la cara, un par de hebillas del pelo cayeron sobre la alfombra. De Gray se detuvo, aflojando la presión de los brazos y le pasó el mechón detrás de la oreja. Lidian lo miró, perpleja.

-Suélteme -susurró.

De pronto, el semblante de Eric se puso serio, los ojos verdes velados por las pestañas doradas. Deslizó la mano hacia la nuca de ella y la sujetó con fuerza, mientras su boca volvía a la de ella. Un estallido de negación la recorrió..., pertenecía a Chance, no sentina nada por ningún otro, pero se convirtió en sumisa prisionera mientras él poseía tiernamente su boca con besos devoradores, y ya no hubo más pensamientos. Cuando, al fin, Eric levantó la cabeza, Lidian casi no podía tenerse en pie.

El último hombre que la había besado era Chance, y ahora este desconocido había borrado ese dulce recuerdo. Lo miró fijamente, con la respiración agitada y las piernas temblorosas. Esperaba encontrar un brillo de triunfo insolente en los ojos del hombre, pero lo que vio fue un destello de confusión, semejante al suyo.

-Señorita Acland...

Lidian dio impulso a su mano y sintió que entraba en contacto con la mejilla de él. Si hubiese tenido fuerza, lo habría abofeteado peor. El golpe le hizo arder la mano. Se volvió, tratando de huir, pero De Gray la alcanzó y la aferró por la muñeca. Lentamente se llevó a la cara la mano de la muchacha, y apretó la boca contra la palma enrojecida. Lidian sintió los labios calientes contra su piel.

Perpleja ante el gesto, Lidian se quedó inmóvil, con su mano atrapada en la de él. Ahora existía un secreto que los unía, este beso... un recuerdo que tenía que dejarse a un lado, ignorarse. El resto de su vida negaría los sentimientos que le había despertado. Había traicionado a Chance reaccionando así ante un desconocido. Estaba confundida y avergonzada por su propio comportamiento.

Los ojos claros sostuvieron la mirada de ella mientras le decía, con voz serena:

-Lo olvidará, señorita Acland. Yo me encargaré de que lo olvide.

Lidian se soltó y se tambaleó un poco, en su prisa por huir del cuarto. Un rápido forcejeo con el picaporte, y la puerta de madera se abrió, permitiéndole escapar.

Unos días después, el recuerdo del beso en la fiesta de los Willoughby todavía torturaba a Lidian. No podía dejar de pensar en lord De Gray, en la boca de él sobre la suya, en el modo en que la había aplastado contra su cuerpo. Soñaba con que él volvía a besarla, mientras ella se debatía entre el placer y la vergüenza. Lo peor era que las imágenes de Chance iban apagándose, hasta el punto que ya casi no podía recordar cómo era. La imagen de los ojos oscuros de Chance fue reemplazada por los verde grisáceo, y las encantadoras agudezas del pri mero por el recuerdo de cómo De Gray le había besado la mano después que ella lo abofeteara.

Por supuesto, no le había contado a su madre lo sucedido, pues le daba demasiada vergüenza. Las jóvenes correctas nos se comportaban así, no permitían que un hombre que casi no conocían se tomara libertades con ellas. Además, si se lo contaba, alentaría la decisión de Elizabeth de encontrar un buen partido para ella. Su madre ya estaba muy atareada haciendo arreglos para que se fueran a instalar en Londres el resto de la temporada, pese a las objeciones de su hija.

Chance, llevas demasiado tiempo alejado de mí, pensó Lidian, desdichada, apoyando la cabeza sobre el escritorio desordenado. ¿Porqué me pediste que te esperase y luego desapareciste? Tienes que venir pronto a buscarme. En vista de la insistencia de su madre, y de su propia debilidad, no sabía si podría mantenerse fuerte. Se sentía sola y demasiado vulnerable a la tentación.

-¡Lidian! -Elizabeth irrumpió en la biblioteca, con el rostro sonrojado y la respiración muy agitada. Alzó una carta apretada en el puño y la señaló con movimiento brusco-. ¡No podrás creerlo... léelo tú misma...!

-¿De qué se trata? -preguntó, preocupada, corriendo hacia ella-, ¿Malas noticias?

-¡No, no, al contrario!

Muy entusiasmada, Elizabeth le puso la carta en las manos.

Lidian recibió el papel y se inclinó sobre él, leyendo rápidamente. Después del primer párrafo, se detuvo y miró aturdida a su madre.

-Es de la condesa De Gray.

-Sí, es en respuesta a una que yo le envié la semana pasada. ¡Vamos, sigue leyéndola!

Mi querida Lizzie:

Me gustaría alionarte la molestia de instalar una casa en Londres. No es necesario, habiendo tanto espacio en la Casa De Gray. Espero que tú y tu hija me hagáis el enorme favor de venir a quedaros con mi familia. Estoy segura de que Dollie disfrutará mucho de la compañía de Lidian, ¡y espero que a la inversa también será verdad!

Ui familia está compuesta por Edgar y yo, Dollie y Garrett, el hermano de Eñe, que hace ya dos años está con nosotros, desde que murió su esposa. Creo que tanto a él como a todos nosotros nos hará bien tener dos caras nuevas para alegrar la casa. Te confieso que lo pido también por razones egoístas. Me encantaría contar con el consuelo de una amiga querida con la que poder conversar sobre los viejos tiempos, más felices, cuando tu querido esposo y mi adorado hijo Edward aún vivían. Todavía viven, jóvenes y vibrantes, en nuestro recuerdo, ¿no es cierto? Por favor, di que vendrás, Lizzie...

Lidian dejó de leer, dejó la carta y dijo con voz firme:

-No puedo, mamá. Tú debes hacer lo que te parezca mejor, pero yo no iré.

-Sí, irás -repuso Elizabeth, implacable-. No permitiré que te sepultes aquí, cuando hay una oportunidad de acudir a los mejores bailes y fiestas de la temporada y conocer a todos los hombres disponibles de Londres...

-¿Y qué mejor manera de relacionarme con lord De Gray que quedarme con sus padres y su hermana? -preguntó Lidian, sarcástica-. ¡No tengo ningún interés por él, mamá!

-Entonces, elige a otro... quédate con Chance Spencer, si alguna vez regresa. Pero, mientras tanto, me acompañarás al hogar de los De Gray y pasarás el resto de la temporada allí.

-¿Quién se ocupará de los asuntos de la propiedad mientras no estemos?

-Puedes hacerlo desde Londres. Encontraremos el modo.

-Mamá, es poco práctico, incómodo...

-Por una vez, quiero que te sientas joven e irresponsable -afirmó Elizabeth, resuelta-. ¡Te han sido arrebatados demasiados años preciosos! Por unos meses, quiero que tengas lo que deberías tener si tu padre no hubiese...

-Por favor, no hables de papá -dijo Lidian, sintiendo que su obstinación se debilitaba. Desanimada, se sentó en la silla que estaba ante el escritorio y echó un vistazo a las pilas de trabajo que la esperaban-, No discutamos sobre esto, mamá. ¿No puedes aceptar simplemente que. si no tengo a Chance, no quiero a ninguno?

-¿Aceptar que mi única hija no tenga esposo, ni hijos, ni un hogar propio, todo por un sinvergüenza que le hizo falsas promesas? ¡Jamás! -Se acercó a su hija y se quedó mirándola, con amor y decisión-. Ven conmigo a la propiedad de los De Gray. Nunca te pediré otra cosa, querida. Hazlo por mí, para aliviar mi preocupación por ti. Por favor, no me lo niegues, Lidian.

La Casa De Gray estaba ubicada en la calle Upper Grosvenor, que bordeaba Hyde Park, con su espesa arboleda. La casa, de diseño clásico, tenía al frente altas columnas dóricas e hileras de ventanas paladianas, gracias a las cuales todas las habitaciones eran luminosas y aireadas. Dentro, en el vestíbulo principal, había una escalera doble que llevaba al segundo y tercer piso. Paredes de color blanco y azul hielo estaban adornadas con molduras y guirnaldas dorado oscuro y suntuosas pinturas en sus marcos decorados. Antes de que Lidian pudiese absorber tanta grandeza, apareció la condesa De Gray a recibirlas.

La condesa abrazó primero a Elizabeth, mientras Lidian permanecía un tanto retirada, tímida, y las observaba. Julia, como la llamó Elizabeth, era una mujer esbelta y hermosa, con el mismo cabello rubio platinado que Dollie.

-¡Dios mío, Lizzie! -exclamó la condesa-. ¡No has cambiado nada en estos diez años!

-Oh, claro que he cambiado -replicó Elizabeth, indicando su voluminosa figura-. Pero tú, querida Julia... estás tan esbelta como siempre. ¡No te lo perdono!

Julia rió y se volvió hacia Lidian.

-¡Lizzie, qué belleza es tu hija! Se parece a ti, pero también veo algo de John en ella. -Se adelantó, rodeó a Lidian con los brazos y la envolvió en un floreo de seda y perfume delicado-. Estoy muy contenta de que hayas venido a quedarte con nosotros, querida -murmuró-. Mis dos hijos se han encariñado mucho contigo.

Lidian se sonrojó y no supo qué contestar.

-¡Lidian! -De súbito, apareció Dollie en un revuelo de rizos dorados, con el rostro resplandeciente-. ¡Por fin has llegado! Ven, te mostraré la casa mientras las doncellas desempacan tus cosas.

En ese preciso momento, apareció otra persona, un hombre alto, de cabello oscuro, que aparentaba unos cuarenta y cinco años. Vino desde el pasillo del primer piso e interrumpió su trayecto hasta la escalinata cuando las vio. Había generosas pinceladas de plata en sus sienes, y su rostro delgado estaba ceñudo. Habría sido un hombre apuesto si no hubiese sido por las líneas alrededor de la boca, que delataban un agudo cinismo y desilusión.

-¿Quiénes diablos son ustedes? -musitó, al ver a las recién llegadas.

Sonrojándose de vergüenza, Julia se precipitó a suavizar la torpeza.

-Garrett -dijo, con aparente ligereza-, estas son las invitadas de las que te hablé antes: mi querida amiga, lady Acland, y su hija Lidian.

La mirada del individuo se posó en ellas sin mucho interés, deteniéndose un poco más en Elizabeth. Después gruñó un saludo poco amable y siguió su camino.

Julia se crispó un tanto.

-Tendrán que perdonar a mi cuñado, Garrett -comentó, cuando el aludido ya no podía oírla-. Por lo general, es más educado.

-Eso espero-dijo Elizabeth, molesta, moviendo la cabeza en gesto de desaprobación.

Dollie rió y condujo a Lidian al piso de arriba, mientras Julia llevaba a Eiizabeth al recibidor.

-Debo disculparme en nombre de Garrett -le confió, al tiempo que se sentaban en sillas francesas, de patas curvas-. Hasta hace dos años, cuando murió su esposa Audrey, de una fiebre súbita, era siempre encantador y agradable. La amaba con desesperación, y perderla lo dejó destrozado. Después del funeral, Edgar y yo lo invitamos a quedarse con nosotros todo el tiempo que quisiera. Tengo la impresión de que no representa demasiado consuelo para él estar con la familia, porque es un hombre muy apegado a su intimidad. La mayor parte del tiempo casi no advertimos su presencia aquí. -No creo que vuelva a casarse. Desde la muerte de Audrey, no ha manifestado interés por las mujeres... me refiero a las respetables.

-¿Tuvieron hijos?

Julia negó con la cabeza.

-Lamento decirte que no gozaron de la bendición de los hijos. Pero, al parecer, Garrett no lo lamentó mientras tuvo a Audrey. Ahora no tiene a nadie.

Elizabeth sintió un poco más de simpatía por el hombre, pese a su falta de amabilidad.

-Es difícil envejecer sin el compañero de toda la vida -comentó-. Yo, por lo menos, tengo el consuelo de mi hija.

-¿Y tú, volverás a casarte alguna vez, Lizzie?

-¡Por Dios, no! -La idea hizo sonreír a Elizabeth-. John es irreemplazable. Si pudiese vera Lidian felizmente casada, estaría feliz de pasar el resto de mi vida con mis nietos alrededor.

-¡Pero todavía eres joven y atractiva! -exclamó Julia-. No te sería difícil encontrar otro esposo. Conozco algunos hombres distinguidos de edad apropiada y en situaciones,..

-No, no -dijo Elizabeth, riendo-. Lo único que quiero es hallar un marido para Lidian. No tengo intenciones de buscar pretendientes para mí.

-¡Me pareces tan obstinada como Garrett! Creo que tendré que concentrar mis esfuerzos casamenteros en tu hija.

Mientras Lidian y Dollie subían la escalera, la primera miraba alrededor con cierta inquietud, temerosa de que Eric De Gray pudiese aparecer de pronto.

-Dollie -dijo, precavida-, ¿tu hermano vive aquí, con la familia?

-¿Eric? No, él vive en una casa en la ciudad, cerca de Pall Malí, -respondió, con sonrisa socarrona, y agregó-: Pero ahora que te quedas con nosotros, sospecho que vendrá más a menudo.

Lidian frunció el entrecejo.

-Oh.

Dollie le lanzó una mirada perpleja.

-Pareces afligida. ¡Yo pensaba que todas las mujeres del mundo aspiraban a atrapar a mi hermano!

-Tu hermano es atractivo -reconoció Lidian, con el tono más objetivo que pudo-. Pero yo ya estoy enamorada de otro.

-¿En serio? -Dollie hizo una mueca-. Qué lástima. Me gustaría que algún día Eric se casara con una chica como tú. Una que sea buena, natural, y que no sea chapada a la antigua. Casi todas las mujeres se dan aires delante de mi hermano. -Dollie hizo una pausa y agregó, orgullo-ja-: Es la sensación de la temporada, ¿sabes?

Después de una prolongada y amena charla con Julia, Elizabeth fue a cambiarse la ropa de viaje por un vestido azul, sencillo. Era un alivio quedarse en la casa de una antigua amiga y tener un breve respiro de las preocupaciones cotidianas que solían afrontar ella y Lidian. Y esta visita sería buena para su hija, aunque sólo fuese por ensanchar su experiencia y mostrarle algunas de las posibilidades que la vida podía ofrecerle.

Elizabeth fue hacia la escalinata que llevaba al piso de abajo, pero se detuvo ante un gran espejo con marco dorado que adornaba el extremo del pasillo. Vio que algunos mechones habían escapado de las hebillas y alzó la mano para acomodarlos. Le gustaba que su aspecto fuese pulcro y controlado, y que no hubiese un cabello fuera de su sitio, ni una mancha en la ropa. La alfombra Aubusson amortiguó unos pasos que se acercaban y no oyó al hombre hasta que estuvo casi a su lado.

Incómoda por haber sido sorprendida arreglándose, Elizabeth giró, con una sonrisa culpable. Pero la sonrisa se esfumó al ver que se trataba de Garrett De Gray. Los ojos negros hervían de descontento, y la boca tenía un gesto duro, enfurruñado. Se lo veía desarreglado, como si acabara de levantarse de la cama y se hubiese vestido de prisa. Le notó olor a coñac... ¡y estaban en la mitad de la jornada!

-Lord De Gray -dijo, tensa, irguiéndose en toda su estatura, que era de un metro sesenta.

- Lady Acland -dijo el hombre, con voz espesa-. Si hay que tolerar a los invitados, supongo que podré tolerarla a usted.

-¿Cómo dice? -dijo Elizabeth, atónita.

Habría simpatizado con cualquier otro hombre en la situación de este, pero esta criatura insolente no merecía tanta consideración.

La respuesta consistió en un desvergonzado escrutinio del cuerpo de Eiizabeth.

-Tan rolliza y pulcra como una pequeña gallina. Viuda en la flor de la edad... un verdadero desperdicio. Podría ir a visitarme en mis aposentos, en el ala este, si necesita compañía.

-¡Qué grosero! -exclamó Elizabeth, ruborizándose sorprendida- ¡Nadie se ha dirigido a mí con tal falta de respeto, jamás! Y viniendo del hermano de Edgar...

-Edgar y yo no nos parecemos, gracias a Dios. El está abrumado por las normas y pautas de corrección que yo nunca me he molestado en seguir.

-Haría usted bien en imitarlo -le respondió ella, en tono helado, y siguió su camino hacia la escalera.

-¿Le parece? -preguntó Garrett, riendo con malicia mientras la mujer se alejaba de él-. El ala este, señora, no lo olvide.

Inquieto, Eric tamborileó con los dedos en la pared interior del coche. De pronto, sus dedos se detuvieron sobre el cuero repujado del asiento, y la mano se cerró, formando un puño apretado. Estaba irritado consigo mismo, porque no podía dejar de pensar en Lidian Acland. Quizá se debía a que ella le había manifestado una marcada indiferencia... y él jamás había podido resistir un desafío. El recuerdo de! beso en la fiesta de los Willoughby aún lo perseguía. La boca de Lidian había sido tan blanda bajo la suya, se había sometido con tanta dulzura al apremio de la suya... Quería más, venía deseando más cada minuto, desde aquella noche, tres semanas atrás.

Después de pensar varios planes para volver a ver a Lidian, le pidió a su madre que invitara a las Acland a una visita prolongada. Su madre lo complació sin vacilar y le escribió diciendole que las Acland estaban cómodamente instaladas en la Casa De Gray. "Esa muchacha tan encantadora...", le había dicho su madre, con su elegante escritura. "Lidian es tímida, pero muy dulce. Estoy tentada de ofrecerle algunos de mis vestidos, o de los de Dollie, pues tengo la impresión de que ella y su madre han traído tan poca ropa y objetos que me da pena. Pero son orgullosas, y no quisiera correr el riesgo de ofenderlas Ven pronto a visitarnos, querido..."

Era lo que Eric pensaba hacer. Quería descubrir si la atracción entre él y Lidian era tan intensa como la recordaba. Y .si era así... quedaba el problema de superar las ilusiones que la hacían aferrarse tan obstinadamente a un amor pasado. Ningún hombre digno de ella la habría abandonado, si hubiese habido alternativa. Para averiguar más acerca de Spencer, Eric había decidido visitar Craven's, el club de jugadores de la calle St. James.

Como miembro del club, cada tanto Eric se divertía probando suerte en las mesas de juego y con los amigos... pero esa noche no era este su propósito. Craven's era el mejor lugar que conocía para obtener información. Derek Craven, el propietario, conocía a toda persona de cierta importancia en Inglaterra y en el resto de Europa, cosa que no representaba poco mérito para un individuo nacido en los barrios más bajos. Craven había instalado el mejor club de juegos del mundo y sabía exactamente cómo brindar a sus parroquianos lo que querían. Se decía que había investigado a cada hombre de medios de Londres, de modo que conocía herencias, cuentas bancarias y propiedades de todos.

El coche de Eric se detuvo frente al edificio, una estructura con frente de mármol y columnas y frontones macizos. Era mitad templo griego, mitad casa de citas. En Craven's se podían encontrar distintas formas de diversión, desde exquisita cocina francesa, vinos finos y licores, billares y cigarros, hasta música animada y bellas pupilas. Todo estaba destinado a estimular el apetito de los clientes por una sola cosa: el juego de azar. Cada noche se gastaban cifras inimaginables de dinero en las mesas y los salones de naipes.

Eric entró en el club subiendo los anchos peldaños y saludando con un gesto al mayordomo. Diplomáticos extranjeros, aristócratas, políticos y hombres de negocios se mezclaban en el afamado salón central de juegos, decorado con columnas doradas y bandas de terciopelo azul oscuro. El salón tenía forma octogonal, y el techo era abovedado. Al ver la figura esbelta y oscura de Derek Craven junto a la mesa central, Eric fue a su encuentro. Craven lo saludó amistosamente, con un trato que reservaba a sus clientes más adinerados, y le hizo señas a un empleado de que le trajera algo de beber.

-Buenas noches, milord --dijo Craven, con su acento, propio de los barrios bajos. Era un hombre de cabello oscuro, de rostro duro y fríos ojos verdes. Sus dientes blancos estaban un tanto rotos, cosa que daba a su sonrisa una cualidad feroz-. ¿Viene en busca de un poco de juego esta noche?

-Puede ser -respondió Eric, observando el rodar de los dados sobre el fieltro verde de la mesa de juegos. Aceptó la copa de coñac que le trajo un camarero y la calentó entre las manos-. Craven -dijo de repente-, necesito preguntarle una cosa.

Las cejas negras del otro se alzaron, interrogantes.

Eric habló en voz baja, pues no quería que lo oyesen los otros hombres que rodeaban la mesa.

-Me interesa descubrir lo que sepa acerca de cierto lord Chauncey Spencer. En este momento, está haciendo un viaje por el continente, pero creo que pronto regresará.

Craven le lanzó una mirada especulativa.

-Milord, ¿puedo preguntarle cuál es su interés? Le debe a usted dinero, ¿no?

Eric negó con la cabeza y bebió un sorbo.

-Es en relación con una mujer.

-Ah. -La sonrisa de Graven reapareció-. Debe de ser una buena polluela para satisfacer a un caballero tan exigente como usted. ¿.Acaso pertenece al vizconde Spencer?

-En cierto modo.

-Conozco algo acerca de él -admitió Craven-. Durante casi un mes, ha venido al club casi todas las noches.

-¿Está de regreso en Inglaterra? -preguntó Eric, con cierta sorpresa.

Craven asintió, y su expresión se endureció.

-Spencer juega fuerte y no paga sus deudas. A este ritmo, pronto le negaré el crédito. No es mejor que cualquier tipo común, pese a su elegante título. Pertenece a una familia de bien, pero sin fortuna. No le dejarán mucha herencia.

-Esta noche, ¿ese Spencer está aquí?

-En este mismo momento, está en la sala donde se juega a los naipes. ¿Quiere que lo lleve, milord?

Eric asintió, y Craven se apartó con aire indiferente de la mesa y le hizo señas de que lo siguiera. Eric bebió lo que quedaba de coñac y le entregó la copa a un camarero que pasaba. Caminó junto a Craven atravesando el salón octogonal, pasando por el comedor y las áreas de buffet, y se acercó a la larga hilera de salas de naipes.

-La dama que a usted le interesa... -preguntó Craven, con aparente naturalidad- ¿es amante de Spencer?

-No. Cree estar enamorada de él.

-Es una linda muchacha, ¿no es cierto? -preguntó Craven, interesado pese a sí mismo.

Eric le lanzó una mirada significativa.

-Hermosa. Con el cabello negro y la piel del color de la leche.

Craven lanzó una exclamación admirativa.

-Parece mercancía de primera. Le desearía suerte, De Gray, pero no creo en la suerte. Sólo creo en lo que el hombre logra por sí mismo.

-Es una afirmación interesante, proviniendo del dueño de un club de juegos.

Craven sonrió e hizo un ademán indicando el lujo que los rodeaba.

-No es la suerte la que me ha dado todo esto.

Se detuvieron en una de las salas de naipes, donde las cortinas de terciopelo azul estaban corridas y mostraban un pequeño grupo de hombres sentados ante una mesa redonda, llena de fichas, naipes y refrescos.

Uno de los jugadores se jactaba en voz alta mientras recogía un montón de fichas. Eric estaba seguro de que se trataba de Chance Spencer.

-Esto no es nada, comparado con la racha de suerte que tuve en el continente -estaba diciendo el sujeto, con las mejillas enrojecidas de excitación y por el alcohol. Era un hombre apuesto, de terso cabello negro y rostro moreno, bien esculpido-. Todo lo que tocaba se convertía en oro. Había multitudes de mujeres a mi alrededor, observando cada vez que daba vuelta una carta... les parecía muy erótico ver apostar a un hombre, ¿saben?... -Se interrumpió al ver a Craven de pie en la entrada y asomó a su rostro una expresión astuta-: Craven, veo que ha venido a presenciar mi éxito.

-Buenas noches, caballeros -murmuró Craven, recorriendo la habitación con la vista-. ¿Desean que les mande traer naipes nuevos? ¿Más vino, quizá?

Los cinco hombres que rodeaban la mesa le aseguraron que estaban bien atendidos, Eric intercambió saludos con ellos, pues los conocía del club o de recientes reuniones sociales. Uno de ellos se puso de pie, con respeto, para estrecharle la mano.

-Lord De Gray -murmuró con una sonrisa-, por favor, envíele mis saludos a su encantadora hermana.

-Así lo haré -contestó Eric.

Al advenir la presencia de Eric, Spencer le lanzó una mirada suspicaz.

-No nos conocemos.

Craven los presentó, y Spencer le dedicó su carismática sonrisa.

-¿Quiere unirse a nosotros, De Gray? Ya he vaciado los bolsillos de todos los presentes.

Eric negó con la cabeza.

-Iba camino al comedor.

-¿Teme perder su dinero? -lo provocó.

La pregunta hizo reír a Derek Craven, que indicó a Eric con un ademán.

-Nuestro lord De Gray tiene dinero para quemar. Pero lo que quiere no se puede comprar.

-Todo lo que vale la pena se puede comprar -replicó Spencer-. Hasta las personas.

-Salvo unas pocas -repuso Eric.

Le costaba creer que aquel fuera el hombre al que Lidian Acland le había entregado el corazón. Los tipos como Spencer abundaban en todas partes: parásitos pagados de sí mismos, que sobrevivían en el límite mismo de la respetabilidad. Con un gesto cortés de la cabeza, Eric salió del salón, y se preguntó, sombrío, por qué estaba tan fascinado con una mujer enamorada de un sujeto como Spencer.

Derek Craven siguió a Eric.

-Bueno, ya ha conocido a lord Spencer. Ninguna mujer en su sano juicio preteriría a un pendenciero jactancioso como ese a un caballero como usted.

-Mujeres -dijo Eric, sombrío-. ¿Quién las entiende?

Craven resopló, divertido.

-Es verdad, milord. Pero, de todos modos, doy las gracias a Dios de que existan.

La estancia en la casa de los De Gray resultó ser mucho más grata de lo que Lidian había imaginado. Jamás había dormido en ambiente tan bello: un dormitorio decorado de damasco rosa pálido y delicados paneles de madera calados, con muebles de caoba de extraordinario pulido. El resto de la casa era igual de hermosa, con elegantes habitaciones, mantenidas en un impecable estado de limpieza y brillo.

Si bien Lidian nunca olvidaba su preocupación por el estado de los asuntos de la propiedad Acland, comprendió que había retrocedido al fondo de su mente, a medida que ella y la madre pasaban mucho tiempo con Julia y con Dollie. Iban juntas de compras a Londres y a pasear en coche por el parque, mientras que en la casa hacían planes y redactaban invitaciones para compromisos sociales venideros.

En los últimos años, Lidian no había tenido tiempo de cultivar amistades con otras muchachas, y descubrió que le agradaba mucho Dollie. Era inteligente y de buen corazón y tenía la gracia de reírse de sus propios errores.

-Soy demasiado romántica e impulsiva, y eso no me conviene -admitía riendo, ante Lidian-. Me enamoro de un caballero nuevo cada semana.

-¿Y qué sucede con todos esos enamoramientos? -le preguntó Lidian, sonriendo.

-Desaparecen enseguida. Todavía no he encontrado al hombre para el que estoy destinada.

-¿Cómo lo sabrás cuando lo encuentres?

Pensativa, Dollie se mordió el labio.

-Lo sabré cuando lo mire a los ojos o cuando me bese. ¡Será mágico! ¿Tú te sientes así con el hombre que amas, Lidian?

Lidian vaciló largo rato. Si había existido magia en lo que sentía por Chance, se había desvanecido hacía mucho. Ese año de esperar y hacerse preguntas se había cobrado su tributo de emociones. Todavía había muchas dudas sin resolver entre ella y Chance.

-Creo que me sentía así -dijo, en voz baja-. Pero no todo en el amor es mágico, Dollie. Y no es algo que me interese vivir otra vez.

Dollie la miró con expresión tan intrigada como de simpatía.

-El tío Garrett dice lo mismo. Que ahora que se murió su esposa no le queda corazón suficiente para dárselo a nadie.

-Pobre tu tío -murmuró Lidian, sincera.

Por más que fuera amargo y malhumorado, en ocasiones le agradaba. Bajo aquella fachada áspera había cierta ternura que Lidian había descubierto días airas, cuando estaba leyendo en la biblioteca y él irrumpió, por casualidad. Avergonzada de que la sorprendieran leyendo una novela que se llamaba "Amor perdido para siempre", se había sobresaltado y dejado el libro a un lado.

Por lo general, Garrett se mostraba indiferente hacia ella, pero en sus ojos oscuros apareció un brillo divertido, y las líneas del rostro se aflojaron un poco.

-¿Qué estás leyendo, muchacha?

Lidian se sonrojó, sintiéndose culpable.

-Una novela romántica -confesó. Era una de sus preferidas, la había leído muchas veces, y la llevó consigo desde Acland-. Pensará que soy muy tonta por permitirme fantasías inútiles, milord.

-No -la interrumpió el hombre-. Tales fantasías pueden hacer la vida más placentera. -Fue a servirse una bebida-. Sigue leyendo, niña. Me iré enseguida.

-Lord De Gray... no se lo dirá a nadie, ¿verdad?

No soportaba la idea de que otros descubrieran que leía novelas de amor y se burlasen de ella. Ya se imaginaba cómo se burlaría Eric De Gray.

-Claro que no. -Hasta le sonrió-. Si lo prefieres, puedes llamarme tío Garrett, como Dollie.

Como ya llamaba tío Edgar y tía Julia al conde y a la condesa, Lidian hizo un gesto de asentimiento.

-Gracias. Sin embargo... no sé si mi madre lo aprobará.

A todos resultaba evidente que Elizabeth no tenía la misma opinión favorable de Garrett que de los demás De Gray. Era frecuente que le lanzara pequeñas indirectas criticando su modo de beber, de fumar y de jugar, y ese hábito de ir y venir a cualquier hora.

-Sí -dijo Garrett con sequedad-, tu madre y yo no estamos en la mejor de las relaciones.

-Creo que es una pena.

-¿Ah, sí?

Lidian eligió con cuidado las palabras, sabiendo que Garrett no conocía esa parte de su madre que era amorosa, encantadora y vulnerable. Lo único que había visto era el aspecto reservado, la expresión de desaprobación que Elizabeth adoptaba cada vez que lo veía.

-Sé que mi madre parece remilgada, severa y demasiado crítica... pero por debajo es una persona cálida y encantadora. Echa mucho de menos a mi padre y ha cargado con una excesiva responsabilidad desde que él murió. Si usted...

Se interrumpió, sabiendo que había dicho más de lo que pretendía.

La expresión de Garrett fue indescifrable por un momento, pero en sus ojos apareció una chispa de curiosidad:

-¿Si yo qué? -la animó.

-Si intentara conversar con ella de vez en cuando -dijo Lidian, vehemente-, creo que a mi madre le agradaría mucho.

El hombre respondió con un resoplido irónico y la saludó con un gesto de la cabeza cuando salió con la bebida en la mano. Lidian se preguntó si haría caso de la sugerencia y llegó a la conclusión de que no lo haría.

Una noche Garrett había llevado a una invitada a la mesa de los De Gray, una bella mujer de cabello rubio claro, labios de rubí y una voz dulzona y lánguida. Aunque estaba ataviada con un vestido oscuro de cuello alto, la mujer, a la que presentó como lady Hewet, no tenía un aspecto demasiado respetable. Durante la cena, lanzaba a Garrett prolongadas miradas tras el espeso fleco de las pestañas y contaba historias divertidas, aunque algo indecentes, de los últimos escándalos en Londres.

-¿Se han enterado de que lady Montbain ha dado a luz, hace poco, a su quinto hijo?-preguntó lady Hewet con sonrisa felina-. Un adorable pequeño de cabello negro y rizado.

-Qué maravilloso -respondió Julia, entusiasta-. Lord Monlbain debe de estar muy orgulloso.

-Lo estaría -dijo lady Hewet con risa gutural-, si el pequeño se pareciera a él. ¡Pero, por desgracia, guarda una semejanza notable con su mejor amigo, lord Lambert!

Garrett esbozó una leve sonrisa. Dollie y Edgar miraron sus respectivos platos con intensa concentración, y Lidian sintió que se ruborizaba. Lanzó una mirada fugaz a su madre, que tenía los labios tan apretados como si estuviesen cosidos.

"Mamá, por favor, no digas nada", pensó, pero Elizabeth habló, con voz tensa y controlada:

-Lady Hewet, creo que esta conversación no es apropiada para los oídos de muchachas impresionables.

Los labios rojos de la aludida se curvaron en una lánguida sonrisa.

-Alguna vez tienen que aprender sobre los hechos de la vida, querida.

-Puede ser -repuso Elizabeth-. Pero no ahora, y no de usted.

La sonrisa de la mujer se convirtió en una mueca y se volvió hacia Garrett, susurrándole, taimada, en el oído, al tiempo que Julia se apresuraba a cambiar de conversación.

Esa noche, Elizabeth ventiló sus sentimientos ante Lidian, mientras se soltaba el cabello ante la mesa del tocador.

-Garrett De Gray se muestra ofensivo en demasiados aspectos -exclamó, dejando caer las hebillas en descuidado montón. Levantó un cepillo de mango de plata y empezó a cepillarse el cabello negro con rápidas pasadas-. No entiendo cómo es que Edgar y Julia le permiten quedarse aquí, con semejante conducta escandalosa, trayendo a cenar a mujeres de reputación dudosa... ¡cómo es que una familia tan refinada puede albergar a un ser tan áspero es algo que no me entra en la cabeza! ¿Viste cómo permitía que esa mujer se frotara toda contra él? ¡Y delante de todos!

Lidian contuvo una sonrisa, sospechando que Elizabeth hubiese preferido morir antes que admitir que estaba celosa de Garrett De Gray.

-No es del todo objetable -dijo, en tono ligero-. Tienes que admitir que, para ser un hombre de esa edad, es bastante atractivo.

-¿Tú crees?. Nunca he podido verlo bien, en medio de esa nube de humo de cigarro que le envuelve constantemente la cabeza.

Lidian rió.

-Pobre hombre. Tiene muchos deseos de reformarse, ¿no?

-No existe mujer con la fuerza y la paciencia para hacerlo -afirmó Elizabeth, dejando el cepillo sobre la mesa-. ¡Y, desde luego, no lady Hewet!

-Tal vez el tío Garrett necesite de la influencia de una mujer como tú, mamá-se atrevió a decir Lidian, observando la expresión de la madre en el espejo.

Elizabeth se mostró atónita por el comentario.

-¿Yo?... ¡Preferiría estar expuesta lo menos posible a ese hombre de tan mal carácter!

-Yo creo que su mal comportamiento es resultado de la soledad -comentó Lidian-. Es muy difícil amar a alguien tanto tiempo y luego perderlo, de repente. Tú deberías entenderlo, mamá.

-Preferiría no seguir hablando de él -dijo Elizabeth, en tono terminante, y Lidian lo aceptó sin vacilaciones.

Sentada ante uno de los escritorios de caoba de la biblioteca, Lidian sumaba hileras de cifras de un libro de contabilidad que le había enviado el administrador sustituto de la propiedad, en Acland Hall. Estaba concentrada en los números, sin advertir que alguien había entrado en la habitación, hasta que oyó una voz conocida.

-Señorita Acland, qué agradable sorpresa.

Lidian se levantó de la silla con tal premura que casi volcó el tintero sobre el escritorio. Clavó la vista en Eric De Gray, alto y poderoso, ataviado con la ropa de montar. Aunque había intentado prepararse para el momento en que lo viese otra vez, era consciente de que se le cortaba el aliento de un modo que no podía controlar. La seguridad en sí mismo de aquel hombre era formidable, allí de pie, con una sonrisa despreocupada jugueteándole en los labios. De inmediato recordó cómo la había besado, la tibieza de su boca, la leve presión de la mano en su nuca. La cubrió un sonrojo y se esforzó en vano por recuperar la cordura.

-Estoy segura de que no es una sorpresa para usted -logró decir al fin-. Debe de haber sabido que mi madre y yo vendríamos a quedarnos con su familia.

-¿Y se siente cómoda, señorita Acland?

La cortesía fue tan exagerada que pareció casi una burla.

Lidian asintió, cautelosa.

-La Casa De Gray es magnífica, y todos han sido muy amables.

-Es una afortunada coincidencia que nuestras madres hayan reanudado su amistad.

-¿Afortunada para quién? -replicó, retrocediendo a medida que De Gray entraba en la habitación.

La mirada del joven la abarcó de la cabeza a los pies, captando todos los detalles del vestido acordonado de lana y seda castaña. ¿Sería su imaginación, o se detuvo en los pechos? Tres años antes, el vestido le sentaba a la perfección, pero como había madurado, el corpiño le quedaba un poco estrecho. Por desgracia, no había dinero suficiente para adquirir uno o dos vestidos nuevos por temporada. Lidian miró a De Gray a la defensiva, conteniendo las ganas de cruzar los brazos sobre el pecho.

-Está más hermosa cada vez que la veo --murmuró Eric.

-Lord De Gray... quiero aclararle algo -dijo Lidian, inquieta, ignorando el cumplido-. He venido aquí contra mi voluntad, porque mi madre insistió mucho. Y espero que no piense que tengo aspiraciones con respecto a usted sólo porque estoy pasando un tiempo en casa de sus padres.

De Gray la contempló con aire especulativo y metió la mano en el bolsillo.

-Encontré esto en la fiesta de los Willoughby, después que usted me dejó. Le pertenecen, ¿no es así?

El sonrojo de Lidian fue intenso, mientras miraba el par de guantes blancos que Eric tenía en la mano. Eran los que había dejado caer en el recibidor cuando huyó, después que él la besara. Si no los recuperaba, Eric podría usarlos para manchar su reputación.

-Milord... no le contará a nadie lo que pasó esa noche, ¿verdad? Tiene que guardar silencio...

-Por supuesto.

-Gracias -dijo, aliviada, extendiendo la mano para recibir los guantes.

De Gray se acercó y le tocó la barbilla con el índice, alzándola para que Lidian lo mirara de frente.

-Pero hay un precio por mi silencio.

-¿Un precio? --repitió, confundida, retirando la mano.

-Otro beso... y esta vez, sin bofetada posterior.

Lidian se apartó con brusquedad, indignada.

-¡Es usted el más desvergonzado, despreciable, carente de principios...!

-¿Quiere que se los devuelva? -la interrumpió, balanceando los guantes ante ella-. ¿O se los devuelvo durante una cena familiar alguna noche y dejo que usted lo explique?

Lidian hizo el intento de agarrarlos, pero él los sostuvo por encima de su cabeza y sonrió, provocativo.

-¿Qué prefiere, señorita Acland?

La mente de Lidian se sumió en un torbellino. La idea de dejar que la besara, después de tantas noches recordándolo... la hizo sentirse débil. Pero tal vez no sería igual. Tal vez esta vez no sentiría nada. ¡Ah, cómo le gustaría demostrarle que no la afectaba! Respondió, en una explosión de irritación:

-¡Oh, hágalo! ¡Hágalo rápido y después déjeme en paz!

Cerró los ojos y aguardó, con los labios apretados, las fosas nasales dilatadas, la respiración agitada.

Eric prolongó el momento, disfrutando del espectáculo de la cara vuelta hacia arriba, las finas cejas negras juntas, formando un ceño. Le rodeó las mejillas con las manos, acariciando con los pulgares la superficie aterciopelada de la piel, hasta que sus dedos rozaron el borde sedoso del comienzo del cabello. Era un placer exquisito abrazarla otra vez. Lidian se crispó al contacto, como si el calor de sus manos la sobresaltase, y Eric sintió el pulso en la garganta, contra las palmas de sus manos.

Abatiendo la boca sobre la de ella, la besó con delicadeza, entibiándole los labios hasta que se separaron en vacilante bienvenida. Exploró la boca de la muchacha a su antojo, provocando, saboreando, hasta que el corazón le martilleó en el cuerpo, tenso de deseo. Sintió que ella lo aferraba de las solapas de la chaqueta de montar y sus dedos se apretaban con fuerza para compensar la súbita pérdida de equilibrio. Interrumpiendo el beso, la miró a los ojos, sintiendo que podía sumergirse en la oscura suavidad.

De algún modo, Lidian logró apartarse.

-Espero que lo haya disfrutado.

Se esforzó por hallar un tono frío, como si el beso no la hubiese afectado en lo más mínimo... como si no estuviese sacudida y conmovida por la sensación de los alientos, los labios y la tibieza de ambos, mezclándose.

De Gray sonrió y le entregó los guantes.

-Chauncey Spencer es un hombre afortunado.

-¿Cómo sabe su nombre? -preguntó, insegura.

De Gray habló en voz fría, algo divertida:

-Señorita Acland, la antorcha que lleva usted por Spencer no es un secreto. Un amigo me lo contó, la noche del baile de los Torrington.

Por un momento, la mente de Lidian quedó vacía por la sorpresa. Luego la dominó la ira. ¡Cómo se atrevía a insinuar que ella era objeto de burla o de lástima! Retorció los guantes hasta convertirlos en una cuerda larga. No importaba lo que De Gray y sus elegantes amigos opinasen. Que se burlaran de que ella amase a Chance... no le importaba lo que nadie pensara de ella. Regresó a los libros de contabilidad que tenía sobre el escritorio.

-Tengo que trabajar-dijo, cortante.

Pero De Gray no estaba dispuesto a irse.

-De hecho, señorita Acland, anoche vi a Spencer.

A Lidian le llevó unos minutos entender lo que le decía. Giró para mirarlo de frente, con la boca abierta de asombro.

-¿Qué?

-Parece que el Honorable Chauncey Spencer ha regresado del continente. Anoche me crucé con él en Craven's. Estaba jugando a los naipes y relatando las experiencias de su "gran gira"...

-¡Está mintiendo!

Con la vista fija en el rostro de la muchacha, captó cada matiz de su expresión, y en sus propios ojos apareció un súbito destello, que podría haber sido ira.

-No -dijo con voz suave-. Su verdadero amor está en Londres y todavía no ha tenido tiempo de venir a verla.

Lidian sintió como si le hubiesen propinado un golpe en el estómago.

-No le creo.

-Pasa casi todas las noches jugando a los naipes en Craven's...

-¡No se atreva a pronunciar una palabra contra él -le espetó-, o lo odiaré para siempre!

Eric clavó en ella una mirada penetrante, y el silencio cargado se prolongó.

-¿Eric?-se oyó una voz femenina, y de pronto apareció Dollie en la entrada-. Me pareció oír voces aquí. ¡Así que, al fin, te has decidido a visitarnos! Bueno, espero que tengas intención de quedarte a cenar...

La sonrisa se esfumó al ver la actitud defensiva de Lidian y el semblante adusto del hermano.

De inmediato, De Gray borró esa expresión de su cara y sonrió a su hermana. Caminó hasta ella y le depositó un beso en la mejilla.

-Hermanita -murmuró-, no me atrevería a perderme la cena. Quiero que me cuentes tus últimas conquistas.

Dollie rió y le dio un empellón en el brazo.

-Ahórrate tu encanto para mamá y lady Elizabeth. Están tomando el té en el recibidor. -Lanzó a Lidian una mirada esperanzada-. ¿Vienes tú también?

Lidian negó con la cabeza y fue hacia el escritorio, caminando como a ciegas.

-Tengo que ocuparme de estos libros de contabilidad.

En el rostro de Dollie se reflejó el desencanto.

-Oh, querida. Espero que termines pronto, Lidian.--Enlazó el brazo al de su hermano, y salió con Eric, que no echó ni una mirada a Lidian-. Tiene muy buena cabeza para los números -llegó flotando la voz de la muchacha-. Es tan inteligente como linda, Eric.

-¿En serio?

El tono de De Gray fue seco.

Cuando se fueron, Lidian permaneció sentada ante el escritorio, sin mirar nada en especial. Su mente desbordaba de preguntas. Chance estaba en Londres. Recordó el modo en que se había despedido, prometiéndole que volvería pronto, que la echaría de menos, que pensaría en ella todos los días... ¿Cómo era posible que fuese tan sincero, y que, al regresar, la ignorase? Debía de haber algún error, bien de parte de él, o de la misma Lidian. Tenía que verlo y descubrir lo que había sucedido.

Craven's. De Gray había dicho que Chance jugaba allí todas las noches. Tal vez estuviese esa noche. Parte de la ansiedad desapareció, reemplazada por la decisión. Si esa noche Chance estaba en Craven's, Lidian lo encontraría y no descansaría hasta lograr que le diese una explicación.

Durante la cena, Lidian permaneció callada ante la larga mesa de los De Gray cubierta con mantel de lino, evitando mirar a Eric. No le habló, salvo cuando la cortesía lo exigía. El respondió con la misma indiferencia, concentrando la atención en la familia. Lidian advirtió que a su madre la sorprendía su reticencia, poco habitual en ella, y más aún a los De Gray, que, sin duda, adoraban a Eric. Todos reían y conversaban con animación mientras comentaban los últimos sucesos sociales y políticos de Londres. Lidian se sintió aislada de ellos, incapaz de pensaren nada, excepto en que Chance estaba en alguna parte de la ciudad, en ese mismo momento... y que pronto lo vería.

Después de la cena, dijo que quería retirarse temprano a su cuarto, pretextando dolor de cabeza, para no tener que reunirse con la familia. Dollie la siguió, con expresión preocupada. Se detuvieron en el vestíbulo central.

-Lidian... ¿estás bien?

-Lo estaré, después de una noche de descanso.

-No te agrada mucho mi hermano, ¿verdad?-preguntó, triste.

Lidian vaciló.

-A decir verdad, no siento nada por él. -Sonrió con calidez a la amiga-. Pero os adoro a ti y a tus padres.

-A nosotros nos pasa lo mismo contigo. Quizá mirarías de otro modo a Eric si pasaras más tiempo con él.

-Quizá -dijo Lidian, no muy convencida, y abrazó a la muchacha--. Buenas noches, Dollie.

La chica le sonrió y volvió a reunirse con los demás, mientras Lidian subía la larga escalera curva.

Más tarde, cuando el coche de los De Gray se fue y los ocupantes de la casa dormían. Lidian se puso una capa con capucha de gruesa lana gris y se escabulló fuera del cuarto. El corazón le latía con fuerza mientras bajaba, silenciosa, la escalera de los criados, hasta la planta baja. Cruzando por la cocina y el pasillo de los sirvientes, salió por la puerta trasera de la casa.

El aire de febrero era frío y punzante, pero el ciclo estaba muy claro, con unas pocas nubes pasando ante las estrellas. Lidian se estremeció y se echó la capucha sobre la cara, mientras cruzaba corriendo el patio de la Casa De Gray y salía a la calle. Después de caminar unos minutos, vio la silueta oscura de un coche de alquiler que traqueteaba en dirección a ella. Corrió hacia el vehículo agitando el brazo:

-¡Hh, aquí-gritó-, aquí!

El coche se detuvo, y la muchacha le echó una mirada al cochero, un pequeño anciano que llevaba una gorra de punto, oscura.

-Lléveme a la calle St. James -le ordenó-. A Craven's.

-Sí, señorita.

Esperó a que ella hubiese subido al carruaje y chasqueó la lengua, para que el caballo se pusiera en marcha.

Mientras el coche viajaba hacia el sur de Londres, Lidian apoyó las manos sobre el bolso y palpó el saco de terciopelo con monedas y billetes crujientes. Había ahorrado moneda a moneda para emergencias como esta.

Contemplando el paisaje, vio siluetas oscuras que entraban y salían de la sombra, carteristas y prostitutas que se mezclaban con los caballeros, dispuestos a dedicar la velada a los placeres.

-Salir de noche, sola, no es muy seguro para una muchacha bonita -comentó el cochero, doblando por Si. James, y pasando ante la fila interminable de carruajes detenidos ante el club.

El coche se detuvo.

-Estaré bien -dijo Lidian, entregándole unas monedas y apeándose del vehículo-. Buenas noches, señor.

-Señor -repitió el viejo con una risa que parecía un graznido, como si nadie lo hubiese llamado así, y esperó a que la chica cruzara la calle antes de seguir su camino.

A Lidian la intimidó el palaciego edificio blanco, la luz que se derramaba por las ventanas, el aire masculino que trascendía de él. Los clientes entraban en un flujo continuo, bajo el ojo vigilante del mayordomo que estaba en la puerta. Apretando el bolso contra sí, Lidian subió los peldaños. Muchas miradas curiosas se fijaron en el espectáculo que daba una mujer sola acercándose a la entrada.

-¿Señorita?

El mayordomo la miró con expresión imperturbable.

Lidian le sonrió, tratando de mostrar confianza.

-Creo que lord Spencer es miembro del club. ¿Podría ver si él se encuentra aquí esta noche? Necesito hablar urgentemente con él.

El hombre negó con la cabeza.

-Señorita, no es política del club...

-Por favor, pídale que salga aquí, a verme. Creo que no le molestará.

El mayordomo la miró con aire de duda, observando el semblante esperanzado de la muchacha y su capa, gastada pero respetable. Lidian casi podía captar la lucha interior. Quería negarse, pero algo lo hacía vacilar. Contuvo el aliento, deseando con toda el alma que no la echara.

Pero pronto quedó resuelto el dilema, con la aparición de otro hombre. Era menudo, usaba gafas y tenía la apariencia de ser un empleado con alto nivel de autoridad. Pareció un tanto sorprendido al verla allí, en el umbral, y se volvió hacia el mayordomo.

-¿Hay algún problema? -preguntó.

El mayordomo inclinó la cabeza y le murmuró algo, mientras el otro observaba a Lidian a través de las gafas. Por fin, el más bajo se identificó como gerente del club y le habló en tono enérgico.

-No se permiten mujeres en e! club, señorita. Es la regla a la que se atiene el señor Craven.

-No quiero entrar. Lo único que quiero es que alguien informe a lord Spencer que deseo hablar con él. -La perspectiva de que se lo negaran le hizo arder los ojos y los hizo brillar de lágrimas contenidas-. Por favor.

Los dos hombres parecieron alarmados por su expresión.

-No llore, señorita -dijo el hombre bajo-. Estoy seguro de que no es necesario. Preguntaré si lord Spencer se encuentra esta noche en el club. ¿Me dice su nombre, por favor?

Lidian respondió, aliviada:

-Preferiría no decírselo. Comuníquele, sencillamente, que una antigua amiga pregunta por él.

Tenía la sensación de que Chance estaba allí: lo sentía en los huesos.

-Está bien. ¿Puede esperar aquí, por favor, señorita?

-Claro -murmuró, agradecida.

El gerente desapareció en el interior, mientras Lidian retrocedía y observaba cómo el mayordomo recibía a otros miembros. En pocos minutos, vio la silueta alta de un hombre en la entrada. Vacilante, se echó atrás la capucha de la capa y avanzó. Oyó la voz tan familiar de Chance que exclamaba, agitado:

-Lidian... por Dios, ¿qué...? ¡Dios mío, no puedo creer que estés aquí!

Qué apuesto, qué familiar le resultaba, con su cabello oscuro y su rostro tan atrayente... Después de un año de esperar y de soñar. Lidian no pudo menos que arrojarse en sus brazos. Le apoyó la mejilla en el hombro, y las lágrimas empezaron a caer de sus pestañas.

-Chance -dijo, aliviada-. Chance, realmente eres tú.

Lentamente los brazos del hombre la rodearon y la muchacha ahogó un gemido al sentir que la abrazaba.

Cuando al fin habló, el olor a vino era evidente en el aliento del hombre.

-Por Dios, jamás esperé algo así.

En su voz vibró un matiz de diversión.

-¿Cuándo has vuelto del continente? -preguntó Lidian, aún abrazada a él.

-Hace unas semanas.

-¿Por qué no has venido a verme? No tuve noticias tuyas, nada...

-¿Cómo es que has venido aquí?

Lidian lo miró, suspicaz. ¿Era su imaginación, o Chance estaba un poco menos arrebatador que antes? Lo recordaba enorme, con una belleza masculina que le quitaba el aliento... pero ahora no le parecía tan extraordinario. Sin embargo, aún lo quería. Chance era su primer y único amor y no podía culparlo por asumir proporciones humanas en lugar de parecerse al dios que ella conservaba en su memoria.

-Estoy instalada en la casa de los De Gray -le dijo-. Tienes que visitarme, Chance. Tenemos que hablar. Te he echado de menos, te esperé...

-Los De Gray -la interrumpió, interesado-. ¿De dónde ha salido ese vínculo?

-Mi madre y la condesa son viejas amigas. ¿Irás, Chance?

-Sí, trataré...

-¿Cuándo?

De súbito, Lidian se sintió enfadada y avergonzada de estar rogándole, como si su orgullo estuviese hecho harapos.

-No sé exactamente cuándo. Soy un hombre ocupado, querida. Pronto, te lo prometo. -Le sonrió y la besó en la frente-. Sé una buena muchacha, Lidian, y ahora vete. Este no es sitio para ti.

-Quizá... -empezó a decir, queriendo que la acompañara a la casa, pero él ya se había dado la vuelta. ¿Cómo podía despedirla así, tan bruscamente, con tanto desinterés? Entró al club y la dejó en la entrada-. No irás -murmuró-. No tienes intenciones de visitarme.

Lidian oyó la voz del mayordomo como si le llegara desde lejos, preguntándole si quería que le consiguiera un coche de alquiler. Negó con la cabeza y bajó la escalera. Aturdida, se acercó a la calle, con el único deseo de alejarse de las luces cegadoras del club. Sintió un extraño tumulto en los oídos, al tiempo que trataba de entender que había visto a Chance, hablado con él, y que en nada se parecía a los sueños que había acariciado tanto tiempo. El no la amaba. Lo que habían compartido era para él mucho menos importante que para ella. La confusión, la ira, la amargura la invadieron en una marejada cegadora. El retumbar se intensificó, y movió la cabeza, impaciente, mientras avanzaba.

De inmediato, hubo un grito colérico, y quedó atrapada en un apretón doloroso; alguien tiraba de ella hacia atrás hasta hacerle perder el equilibrio y la arrastraba al costado de la calle. Ante sus

ojos atónitos, un gran carruaje acompañado de varios jinetes pasaba a asombrosa velocidad. Muchas personas ricas preferían viajar así, como si realzaran su propia importancia con el retumbar de varios caballos y jinetes. Semejante espectáculo era impresionante, si bien resultaba peligroso para cualquiera que acertara a cruzarse en su camino. Lidian casi resultó aplastada, pues estaba demasiado aturdida para verlos acercarse.

Apartando la vista, instintivamente, del espectáculo, se vio aplastada contra el pecho sólido de un hombre. Olía a jabón de afeitar y a lino, y un toque de coñac. Por un segundo, creyó que era Chance, que la había seguido y rescatado del peligro, pero, cuando alzó la cabeza y lo miró, exclamó:

-Lord De Gray...

El rostro de Eric De Gray estaba tenso y pálido, los ojos destellando fría furia. Parecía dispuesto a cometer un crimen.

-Pequeña tonta -dijo, en tono feroz, dándole una sacudida que le recorrió todo el cuerpo-. ¿En qué diablos está pensando?

-Lord De Gray -jadeó, llevando las manos a esas muñecas de acero-, está haciéndome daño...

-Iba directamente a cruzarse en el camino de ese coche -le dijo, entre dientes-. Podrían haberla matado y herido a varios otros, al mismo tiempo.

-No pensé -logró decir, sintiendo que la sacudía otra vez, haciéndole entrechocar los dientes-. No, Eric... por favor...

No sabía por qué usó su nombre de pila... nunca había aparecido en sus pensamientos. Pero tuvo un efecto milagroso en él, pues lo calmó al instante. Se quedó inmóvil, mirándola fijamente, sin soltarle los antebrazos.

Pasó un largo rato hasta que Eric habló;

-Está usted bien.

No era una afirmación ni una pregunta, sino algo intermedio.

-Sí. -Lidian bajó la vista y luchó contra las lágrimas-. Suélteme.

Aflojó el apretón, pero no la soltó.

-Por casualidad, he venido al club esta noche. Hace unos minutos, se me acercó Derek Graven. El gerente le había dicho que una muchacha de cabello oscuro estaba en la entrada, preguntando por lord Spencer. Sabía que no podía ser usted, pero decidí echar un vistazo, por las dudas. En nombre del Cielo, ¿por qué está aquí?

-Porque usted me dijo que Chance venía casi todas las noches.

-¡Nunca he visto una mujer tan idiota e irreflexiva...! ¡No se me ocurrió que sería lo bastante tonta para venir aquí sola!

-Pues lo soy -repuso, alzando la vista para mirarlo, a través de las lágrimas-. Y Chance me ha echado. Ahora sé que todas sus promesas fueron falsas. Espero que esté muy fe...

La palabra "feliz" no le salió y se mordió con fuerza el labio para no estallar en sollozos.

Lidian esperaba que él se burlara y que le repitiese lo tonta que era... pero lo que sintió fue la leve caricia de su mano en el pelo y oyó el ruido de una horquilla del pelo que caía a la calle.

-Parece que se le está soltando el cabello -murmuró, jugueteando con el brillante mechón negro que se había soltado. Le acarició la mejilla recorriendo la tersa curva con los nudillos-. Tiene el poder de hacer bailar a Spencer o a cualquier otro hombre alrededor de su dedo meñique. ¿Acaso no lo sabe?

-Oh, claro -exclamó, con amargura, creyendo que él se burlaba.

El aturdimiento y la desdicha comenzaban a disminuir, y el ritmo de su corazón iba volviendo a la normalidad. Empezó a sentir que era la misma de siempre. Apartándose de De Gray, se acomodó el corpiño y las faldas desarregladas. Cuando se tocó el pelo, descubrió que casi todas las hebi-

llas estaban cayéndose. Las colocó otra vez, con fuerza, agradeciendo el dolor que le producían en el cráneo.

-Mi cochero y mi carruaje están esperándome, cerca -dijo De Gray, mirándola-. La llevaré de vuelta a la Casa De Gray.

Lidian se crispó. No quería hacer frente a las horas que la esperaban dándose vueltas y removiéndose en la cama, atormentada por los recuerdos, arrepentimientos y emociones no deseadas.

-Esta noche no podré dormir -murmuró.

Hubo un largo silencio, y luego De Gray replicó, como sin darle importancia:

-Si es así, podría quedarse conmigo.

Lo miró, suspicaz:

-¿Qué quiere decir?

En el rostro de Eric apareció una expresión serena y burlona, como si estuviese pensando en una propuesta que sabía que ella rechazaría.

-¿Le gustaría tener una aventura esta noche, señorita Acland?

Nadie le había dicho eso, jamás, hasta ese momento. Se dispuso a mostrarse insultada ante la ofensiva proposición, pero no pudo evitar preguntarle:

-¿Qué clase de aventura?

-Una modesta.

Supo que debía rechazarla de inmediato... pero la tentación fue demasiado grande. La perspectiva de volver inmediatamente a la casa de los De Gray, tan pronto después de haber sufrido una derrota aplastante, no era muy atrayente.

-¿Y si mi madre descubre que no estoy?

-Estaba dispuesta a arriesgarse a eso por Spencer, ¿no es cierto?

-Sí, pero...

Guardó silencio, sin poder creer que estuviese dudando. "Dile que te lleve directamente a casa", pensó. "Después de todo lo que ha pasado, tendrías que saber que no puedes confiar en un hombre, por atractivo que parezca." Quedó atrapada entre la incapacidad para decir que sí y la falta de deseo de negarse. Optó por mirarlo, impotente, con las cejas alzadas en interrogación.

De súbito. De Gray rompió a reír y le acomodó la capa, con gesto protector, alrededor de la cara.

-Venga conmigo -le dijo, decidiendo por ella.

-¿A dónde vamos?

-A los jardines de placer de Vauxhall.

-He oído hablar de ese lugar. ¿No van prostitutas, acaso? ¿Y ladrones?

-Cualquier clase de persona que se le ocurra -le contestó, caminando con ella junto a la larga fila de carruajes privados que esperaban cerca del club.

Lidian se sintió preocupada e intrigada al mismo tiempo, preguntándose cómo su vida había dado esc giro, que se dirigía a Vauxhall con un hombre que casi no conocía, en mitad de la noche.

-¿Por qué los llaman "jardines de placer"?

-Tal vez lo descubra -le dijo, en tono provocativo.

-Antes de aceptar acompañarlo, deberá prometerme que será un caballero.

Eric rió y señaló el carruaje:

-A diferencia de otros hombres que usted conoce, señorita Acland, nunca hago promesas que no puedo cumplir.

A pesar de todas las murmuraciones acerca de la decadencia y el escándalo ligados con Vauxhall, Lidian, en realidad, nunca había sabido bien de qué se trataba. Pronto descubrió que pasar una velada en Vauxhall, una zona situada al norte de Kensignton Lañe, era exactamente igual que asistir a una fiesta... la fiesta más increíble que pudiera imaginar. Nunca había estado en contacto con un grupo numeroso de personas tan desinhibidas: aristócratas, dandis, damas y prostitutas. La música que producía una gran orquesta colmaba el aire, mientras los vendedores ofrecían helados, pasteles de queso y galletas. Se formaban filas en un quiosco donde se vendían boletos para tener la ocasión de ganar chucherías de colores vivos.

Lord De Gray pagó una suma extravagante por las entradas de ambos a los jardines. Lidian se cuidó de no toparse con la mirada de nadie y se mantuvo cerca de su acompañante. Pero pronto la curiosidad la dominó, y observó, maravillada, todo lo que la rodeaba. Los jardines seguían un diseño organizado en cinco senderos peatonales, algunos cubiertos de toldos y bordeados de árboles, con grava o polvo de ladrillo. Una fresca brisa nocturna bailaba alrededor, y la muchacha se estremeció, contenta de tener la gruesa capa de lana.

De Gray se detuvo y le compró un antifaz negro, similar al que llevaban muchas otras personas:

-Ninguna joven que se respete debe dejarse sorprender sin llevar uno de estos -le aseguró, sin rodeos-, y lo mismo cuenta para los maridos que pasan la noche lejos de sus esposas, o los jóvenes que quieren parecer atrevidos...

-¿Usted se pondrá uno? -le preguntó, mientras él le ataba la cinta en la parte de atrás de la cabeza.

La hizo darse vuelta para acomodarle el antifaz de trente, de modo que pudiera ver por los agujeros destinados a los ojos.

-Para mí no habrá escándalo, si me ven, señorita Acland. Usted, en cambio, quedaría destruida. -Al advertir que la mirada de Lidian se había desviado hacia un hombre que caminaba cerca de ellos con una bandeja de galletas, sonrió-. Debe de tener hambre. Antes casi no tocó la cena.

-Estaba demasiado nerviosa para comer. No podía dejar de pensar en...

Se le apagó la voz, al recordar lo ansiosa que había estado de ver a Chance.

-Olvide eso -le dijo Eric, de pronto, y la llevó al Grove, donde había más de cien compartimientos para comer.

En todos había parejas que disfrutaban de platos de jamón, lengua y pollo, mientras escuchaban la orquesta. La música era fuerte y vigorizante y todo pensamiento acerca de Chance se evaporó de la mente de Lidian. De Gray la hizo sentarse en un compartimiento en cuyo interior el artista Francis Hayman había pintado una escena campestre. La muchedumbre canturreaba y hasta cantaba acompañando a la orquesta, que entonaba una melodía popular.

A una señal de De Gray, el camarero les trajo los platos repletos de pollos minúsculos asados, delgadas tajadas de jamón, pastas y pasteles rellenos con varias capas de crema y jalea de moras. Lidian se dedicó con entusiasmo a la comida, interrumpiéndose, asombrada, cuando De Gray le alcanzó un vaso de vino.

-No tengo permiso para beber vino -dijo, insegura.

De Gray le habló cerca de la oreja:

-No se lo contaré a nadie -dijo, con aire conspirativo, provocándole un estremecimiento en la espalda.

Lidian sonrió, aceptó el vaso y bebió un sorbo del rico vino. De Gray le ofreció más exquisiteces y bromeó con ella, hasta que ella no pudo evitar reírse de sus gracias. Se abandonó cada vez con más confianza a la tibieza que emanaba de ese hombre. Como para ella era una novedad estar en un lugar como aquel y recibir las atenciones halagadoras de un hombre tan apuesto, sintió que todo aquello ejercía sobre ella un hechizo particular. Deseó que la noche no terminara... Se creyó en medio de un sueño encantado. Al terminar la actuación musical, hubo fuegos artificiales, ruedas que

giraban en el cielo y explosiones de luces de colores que se desplegaban en brillantes flores. Lidian los contempló, encantada, mientras el público estallaba en aclamaciones a cada nueva figura.

Después De Gray la acompañó fuera del recinto y pasearon juntos hacia el Grove.

-Quisiera sentirme siempre así -dijo Lidian, todavía encendida por el vino y la diversión.

-¿De qué modo?-preguntó él, sonriendo ante el entusiasmo de la joven.

-¡Como si tuviese alas! -Suspiró-. Pero, por supuesto, mañana tendré que volver a la tierra.

De Gray la miró con sus ojos intensos y, por un momento, hubo en ellos un extraño matiz nostálgico. Lidian tuvo la sensación de que quería decirle algo, hacerle entender algo importante... pero no se atrevía.

Por fin, replicó en tono neutral, rompiendo el encanto:

-La noche aún no ha terminado.

Se detuvo ante el quiosco de lotería y pagó unas monedas para que Lidian ganara su premio. La animó a meter la mano en una cesla con boletos de papel y tomar uno. Lidian lo sacó y se lo dio al encargado del puesto.

-¡Un premio para la dama! -exclamó el hombre, mirando el número del boleto.

De atrás del mostrador, sacó un pequeño objeto y se lo entregó: era un silbato de hojalata pintada, colgado de una cinta azul.

Lidian se lo colgó del cuello y lo sopló, provocando un sonido agudo. Sin ceremonias, De Gray se lo quitó de los labios fruncidos y se lo puso dentro de la capa.

-Ahora, cada vez que silbe, usted tendrá que obedecer a mi llamada -dijo Lidian riendo.

De Gray sonrió y practicó una breve reverencia.

-Cuando sea, mi señora.

La muchacha lo miró, dudando:

-No olvidará su promesa, ¿verdad?

Eric la contempló y apartó de su cara un minúsculo rizo que había quedado atrapado en el borde del antifaz.

-Jamás.

Lidian no protestó cuando le pasó el brazo, en gesto familiar, por la espalda. Pasearon por uno de los senderos, donde las parejas iban y venían y los muchachos solos observaban a las mujeres que pasaban. Cuando se acercaron al extremo del Paseo Hennit, Lidian vio, con el rabillo del ojo, a dos figuras enlazadas, un hombre y una mujer, que se besaban apasionadamente en las sombras. Se ruborizó y echó una mirada a De Gray, que también los había visto. Se preguntó a cuántas otras mujeres habría llevado a ese lugar y si habría seducido a alguna muchacha haciéndola olvidar inhibiciones, en uno de aquellos caminos sombreados.

-¿Ha estado enamorado alguna vez? -le preguntó Lidian con timidez, contemplando el perfil austero.

-Una o dos veces, sentí algo parecido.

-Quizás algún día sepa cómo es -le dijo, en el tono más natural.

Oyó cómo contenía la carcajada y, a continuación, él le habló con un matiz de ironía:

-Espero que así sea. -Se detuvieron en el sendero más estrecho que Lidian había visto hasta el momento. Era oscuro y tranquilo, un túnel de sombras y de crujir de hojas-. A este se lo llama Paseo de los Enamorados -dijo De Gray-. La muchacha que sea lo bastante tonta como para aventurarse por él estará condenada al escándalo, casi con seguridad. -Se volvió hacia ella, alzando una ceja en gesto burlón-. ¿Vamos?

-No sé -dijo Lidian, preguntándose qué querría de ella.

Quizá trataba de hacerla sentirse tonta, como una criatura tímida e inane. Pero no podía ir con él a ese lugar. Ya era bastante malo estar en Vauxhall, lejos de la protección de su madre, beber vino... Tenía que ponerle un límite en ese mismo instante. No entendía qué le pasaba a ella misma, que se comportaba de una manera tan irresponsable.

-¿Tiene miedo? -le preguntó Eric con voz suave.

-¡Claro que no!

Lidian se esforzó por razonar para sus adentros: ¿qué era lo peor que podía pasar? El podía tratar de aprovecharse de ella... y entonces lo reprendería, y ahí se terminaría todo.

Inquieta, comenzó a andar por el sendero, y Eric se puso a su lado. Pronto pasaron ante otra pareja que se hablaba en susurros y se besaba, y Lidian apartó la vista. Empezó a ponerse cada vez más nerviosa, a medida que se internaban en la oscuridad cada vez más densa, pues los árboles no dejaban pasar más que pequeños destellos del cielo.

-Es muy tarde -comentó-. Debe de ser más de medianoche.

-Yo diría que son las dos.

Lidian intentó cambiar el tema de conversación.

-¿Irá usted al baile de los Brirnworthy el viernes?

-No lo había pensado.

El camino se hizo más estrecho, más íntimo: era como otro mundo, alejado de la ciudad bulliciosa. Inquieta por el silencio, Lidian preguntó, de pronto:

-De Gray, ¿tiene intenciones de aprovecharse de mí?

Eric rió, se detuvo y la miró de frente.

-¿Le gustaría?

-No, es que... si piensa hacerlo, preferiría que lo haga ya mismo... ¡y no tener que preocuparme por eso!

La voz de Eric fue suave y divertida:

-Señorita Acland, es usted la mujer más impaciente que he conocido.

-Soy una persona muy paciente. Pero no cuando se trata de usted.

-¿Porqué?

-Porque usted me pone tan... tan...

Buscó la palabra justa, y por fin se decidió por "enfadada".

-No me diga. -Lidian vio un relampagueo de dientes blancos en la oscuridad-. Bueno, en adelante, trataré de ser más amable. Y como está tan ansiosa con respecto a la posibilidad de que me aproveche de usted...

Se inclinó hacia ella y le rozó los labios con un beso, tan leve y suave como el ala de una mariposa. Retrocedió y le sonrió:

-Ahora su aventura está completa.

Lidia rió, tranquilizada por la falta de dramatismo de su actitud.

-Gracias -le dijo con sinceridad.

Había logrado lo imposible: convertir una de tas noches más horribles de su vida en una velada muy placentera. Al día siguiente, podría reanudar su vida. Y, desde ese momento, ya no sería tan ingenua. Jamás dejaría que un hombre la engañara otra vez.

De Gray contempló el rostro levantado de la muchacha y tocó con delicadeza un mechón de pelo que le pendía sobre la frente.

-Ahora la llevaré a casa.

Cuando llegaron a la casa de los De Gray, Lidian regresó a su cuarto por el mismo camino que había salido, entrando por la puerta de los criados y por la escalera de atrás. Y, aunque sabía que al día siguiente estaría fatigada, no le importó. Se desvistió y se metió en la cama, subiendo las mantas hasta la barbilla. Después pensaría en Chance, en el aspecto que tenía, en lo que le dijo, pero, por el momento, tenía la cabeza llena de fuegos artificiales y de música... y el recuerdo de los brazos de Eric De Gray rodeándola.

-La veré pronto -había dicho, con un brillo divertido en los ojos, cuando se separaron-. Usted procure recuperarse.

Supo que se refería a la desagradable experiencia en Craven's y a sus sentimientos hacia Chance.

-Pienso recuperarme muy pronto -le aseguró-. Ya no me hago ilusiones con respecto a los hombres. Nunca volveré a cometer el mismo error.

-Qué duda -se burló y se fue con una sonrisa.

Durante el mes que siguió, no hubo noticias de Chance, y Lidian tampoco esperaba tenerlas. Hubiese preferido pasar más tiempo a solas para reflexionar sobre eí pasado y entender por qué había sido tan vulnerable ante un hombre como Chance, pero los De Gray la mantenían constantemente ocupada con fiestas, veladas musicales, visitas vespertinas y papeos en coche por Hyde Park. Estaba familiarizándose con el círculo de ligos de Julia y dcDoliie, respectivamente, la mayoría de las cuales eran ujeres agradables y realizadas. Veía a su madre más contenta de lo que ibía estado en mucho tiempo y comprendió cuánto echaba Elizabeth de ios las actividades sociales que habían disfrutado tantos años antes.

Eric De Gray iba de visita con mucha frecuencia y, pese a sus esfuer-por mostrarse indiferente, Lidian descubrió que esperaba ansiosa la llegada del joven. Cada vez que oía su voz de bajo en el vestíbulo de entraba, el corazón le latía más rápido y se acercaba a recibirlo, consciente de las miradas insolentes pero halagadoras con que le recorría el cuerpo. Su actitud hacia ella era amistosa y burlona, muy similar a la que tenía hacia pollie.

Durante una de las visitas de De Gray, Eric se entretuvo con Dollie y Lidian, recordando con la hermana las travesuras de la infancia, sobre todo la vez que le habían robado las tijeras al jardinero y aplicaron sus nacientes habilidades artísticas a remodelar los cercos del jardín.

-Pobre Edward -exclamó Dollie, riendo-, lo castigaron junto con nosotros dos.

-¿Aunque él no tuviese nada que ver? -preguntó Lidian, sorprendida.

-Nuestros padres jamás discriminaron entre sus hijos -repuso Dollie-. Si uno se portaba mal, también los otros eran castigados.

-Pero Edward nunca se quejó. -Por el semblante de De Gray pasó una sonrisa abstraída-. El era el responsable y siempre nos ayudaba a salir de apuros y compartía las palizas por cosas que él no había hecho.

-Qué bueno era -exclamó Dollie, sonriendo, y enjugándose una súbita lágrima-. Lo echo de menos. Eric, ¿todavía piensas a menudo en la sonrisa de De Gray se esfumó, y se quitó una pelusa de los pantalones.

-Siempre. -Con el rostro desviado, cambió de tema-. ¿Os gusta-fíair a dar un paseo a caballo conmigo, por Hyde Park, mañana por la mañana'?

-Oh, sí -respondió Dollie, entusiasta.

Lidian vaciló. Repasó una serie de excusas, pero, al fin, optó por la Krdad:

-Gracias, pero prefiero no ir. No cabalgo muy bien.

Hacía años que no montaba un caballo de raza y, desde luego, nada tomparable a la calidad de los animales que había en los establos de los De Cray.

-Conseguiremos un caballo tranquilo para ti -le dijo Eric-. En los establos, hay una yegua de cinco años llamada Lady. -Le chispearon los ojos cuando añadió-: Es la hembra más tranquila y dócil que he conocido hasta ahora.

Dollie rió y le dio unos golpes juguetones por el comentario, mientras que Lidian movió la cabeza.

-Mi traje de montar es tan viejo y pasado de moda que...

-¡Oh, te presto el mío! -exclamó Dollie.

-Pero no puedo...

-Sin discusiones -dijo De Gray, sin alzar la voz.

Antes de que Lidian pudiese replicar, Dollie salió de la habitación diciendo:

-Tengo algo perfecto: un traje negro, entallado, con un echarpe azul. ¡Iré a buscarlo ahora mismo!

-Espera -le gritó Lidian, pero la muchacha no la oyó. Ya no pudo hacer otra cosa que dirigir una sonrisa algo torcida a De Gray, diciendo-le-: Bueno, al parecer, iré a cabalgar con vosotros mañana.

-Te gustará.

Se hizo un silencio entre los dos. Era la primera oportunidad de hablar a solas desde la noche en Vauxhall.

-¿Cómo era tu hermano? -preguntó Lidian, de pronto-. Nunca he visto un retrato de él.

-Tengo uno donde nos pintaron a los tres: Edward, Dollie y yo, cuando éramos mucho más jóvenes. Era el preferido de mi madre. Cuando mi hermano murió, mi madre no quiso tenerlo más. Dijo que no soportaba mirarlo. Ahora está en mi casa.

-Algún día me gustaría verlo -dijo Lidian, sin pensar, y después se sonrojó.

Dio la impresión de que estaba insinuándose.

AI ver que se ponía incómoda, Eric rió.

-Podemos arreglarlo.

Lidian vaciló un instante y luego preguntó con voz suave:

-¿Cómo sucedió?

Eric supo que se refería a la muerte de Edward.

-Un accidente con un caballo. Se cayó practicando un salto que jamás debió intentar. -Se levantó y paseó por la habitación, deteniéndose para examinar las figuras que había sobre la repisa de la chimenea. Echó una mirada rápida a Lidian. No era fácil hablar de Edward, pero algo en sus cálidos ojos castaños lo impulsó a continuar-: Desde entonces, pienso en él todos los días. Eramos casi inseparables. Dios sabe que jamás quise ponerme en su lugar. A veces yo... -Se interrumpió y rodeó con la mano una de las figuras, los dedos delicados sobre la frágil porcelana-. Pienso si pasaré el resto de mi vida siendo una pobre imitación de Edward.

-Seguramente nadie te lo ha pedido -murmuró.

Eric se encogió de hombros:

-Edward iba a ser el próximo conde, a dirigir los asuntos de la familia y a concebir al heredero que mi padre quiere. El nació para eso, yo no. Siempre tuvo las notas más altas en los estudios y se comportó honradamente, mientras yo pasaba el tiempo haciendo travesuras y persiguiendo camareras de bares... Y ahora me sorprendo tratando de vivir según los altos ideales que impuso mi hermano. -Esbozó una sonrisa torcida-. Uno de mis antiguos amigos dijo que la pérdida de Edward era "un golpe de suerte". Pero a mí nunca me han importado un comino ni la fortuna familiar ni el título. Me siento como si, de algún modo, se los hubiese robado a él.

Dejó la figura de porcelana, sintiendo un incómodo calor en el pecho. No pensaba revelar tanto... jamás había hablado a nadie de Edward con tanta libertad. Sintiendo cerca la presencia de Lidian, se dio la vuelta y descubrió que estaba de pie detrás de él.

En el semblante de la muchacha había una tierna expresión compasiva.

-Si Edward no pudo ser el que se pusiera al frente de la familia, estoy segura de que querría que lo hicieras tú. Y sé, sin lugar a dudas, que lo harás muy bien.

Eric la miró, enmudecido. Lidian Acland no era como las jóvenes coquetas superficiales y de risas forzadas que había conocido, ni como las sofisticadas leonas con las que sus amigos se habían casado. Era honesta, cariñosa, sincera... y tan hermosa que casi le dolía de tanto que la deseaba. Si bien admitía que tenía defectos, el más notable de los cuales era su tozudez, eso era para equilibrar. Todo había llegado fácilmente a Fríe. Nunca en la vida había tenido que esperar nada ni a nadie y, por fin, estaba aprendiendo a tener paciencia. "Que Dios me dé la fuerza", pensó, anhelando ahuecar las manos sobre las mejillas de la muchacha y besarla.

Pero se conformó con rozarle la punta del mentón con el dedo en gesto despreocupado.

-¿Has tenido noticias de Spencer? -murmuró, con el mismo tono en que le preguntaría a Dollie por alguno de sus admiradores.

Las pestañas negras de Lidian descendieron.

-No. Pero he hablado de él con mi madre. Le he dicho que, por vía indirecta, me he enterado de que Chance estaba de regreso. Le he dicho que ya no tengo interés en él... Por supuesto, se sintió aliviada y me dijo que yo merecía algo mejor que Chance. -Se miró las manos, que retorcía entre sí-. ¿Sigues viéndolo en el club?

-A veces.

Eric no le contó que Chance había ganado en la ciudad reputación de joven tonto y arrogante. Y, al parecer, también de espadachín ostentoso.

Se difundían frecuentes rumores de sus romances, deudas de juego, y hasta algún duelo por la esposa de un aristócrata. Según Eric sabía, no muchos hombres respetaban a los sujetos como Chance Spencer, aunque siempre había unos pocos petimetres y derrochadores rodeándolo.

-¿Es verdad lo que le has dicho a tu madre? -le preguntó Eric-. ¿Ya no tienes interés en él?

Lidian se salvó de responder por la oportuna interrupción de Dollie anunciando que había hallado el traje de montar más perfecto y que ella tenía que ir a probárselo de inmediato.

En la sociedad londinense, no había heraldo de la primavera esperado con más ansiedad que el baile anual que daban lord y lady Blasédale.

-Siempre organizan una búsqueda del tesoro -le contó Dollie a Lidian, entusiasmada-, y a todos los invitados se les da la misma clave. ¡El año pasado, el premio fue un collar de rubíes, y el anterior, un broche de diamantes! Este es el primer año que me permitirán participar. ¿No sería estupendo que alguno de nosotros encontrase el tesoro?

Lidian sonrió, imaginándolo.

-Sí, sería magnífico... aunque no creo que yo sea la que lo descubra.

-Nunca se sabe -dijo Dollie, y pasó toda la tarde especulando cuál podría ser el tesoro.

La inmensa mansión de los Blasedale parecía ocupar la mitad de la calle Upper Brook, con su imponente fachada de granito y mármol de querubines y serafines en relieve. Las numerosas fuentes estaban profusamente decoradas con delfines, caballos alados y otras figuras fantásticas, y no había muro donde no hubiese escenas de la mitología y de la historia.

Lidian llevaba su mejor vestido, de satén verde y blanco. Una hilera de perlas que le había prestado lady De Gray se entrelazaba en su pelo oscuro. Su madre y los De Gray elogiaron su aspecto, afirmándole que nunca había estado tan hermosa. Pero la opinión que más ansiaba escuchar era la de Eric.

-Estoy convencida de que vendrá -le aseguró Dollie ese mismo día, y Lidian cruzó los dedos, esperanzada.

No se explicaba por qué tenía tantas ganas de verlo, pero estaba casi aturdida de ansiedad.

Instantes antes de que los De Gray salieran para el baile, llegó una inmaculada caja blanca para Lidian, que contenía una perfecta orquídea rosada y blanca. No había mensaje ni tarjeta incluidos, sino sólo "Lord Eric De Gray", cincelado. Ante toda la familia, que la contemplaba sonriente, Lidian se ruborizó de placer y se prendió la flor al corpiño.

Cada tanto, mientras hablaba con otros invitados a la fiesta, tocaba los frágiles pétalos. Estaban congregándose en el salón de baile, aguardando el anuncio de lady Blasedale. Lidian recorrió con la vista el salón, buscando a De Gray, pero en vano. Y justo cuando empezaba a pensar que tal vez hubiese decidido no asistir, apareció junto a ella. Hstaba ataviado con pantalones de color ante, chaqueta negra de elegante corte y rígida corbata blanca.

-Señorita Aeland -le dijo, los ojos reluciendo, cálidos, mientras se llevaba a los labios la mano enguantada de la muchacha.

-Gracias por la orquídea -dijo Lidian, con voz queda-. Es preciosa.

-No te hace justicia.

La mirada de Eric la recorrió en una rápida observación, casi de propietario.

Ella le dirigió una sonrisa tímida.

-Creo que tu familia piensa que tienes cierto interés por mí. -¿Qué piensa usted, señorita Aeland? Vacilante, dijo con voz suave: -No estoy segura.

Antes de que él pudiese responder, apareció lady Blasedale ante los invitados reunidos. Las plumas negras sujetas al cabello gris se balancearon alegremente cuando la dama saludó, agradeciendo los aplausos:

-¡Queridos invitados, bienvenidos a nuestro baile anual! Esta noche compartiremos una cena deliciosa, y luego espero que la gente joven baile hasta gastar los zapatos, pero ahora: nuestra búsqueda del tesoro. -Hizo una pausa, mientras muchos invitados, en especial las mujeres, lanzaban vivas-. Este año, el tesoro es un brazalete de esmeraldas. -Sonrió al percibir la oleada de murmullos complacidos-. Tengo una sola clave que ofrecerles en cuanto a su ubicación. Mientras registran la mansión, tengan en mente el número cuatro. -Levantó cuatro dedos rollizos para subrayar lo que afirmaba y los miró, radiante-: Buena suerte a todos, y, si alguien se cansa, le ruego se una a nosotros para beber o comer algo, mientras esperamos el resultado final. Cuando el brazalete sea hallado, les avisaremos haciendo sonar esta campana. -Señaló una gran campana de plata y tiró de un cordón de seda, produciendo un tañido musical que resonó en todo el salón-. ¡La búsqueda del tesoro ha comenzado!

De inmediato, los invitados se desparramaron. Un hombre se detuvo a observar el cuarto huso de la escalera, otro se dirigió a la cuarta pintura de la gatería de arte, y otros fueron a revisar objetos tales como la cuarta cacerola de la cocina y la cuarta habitación de determinado pasillo. Dollic se acercó a Lidian con los ojos brillantes de entusiasmo:

-¡Ven, date prisa! -exclamó-. Tengo algunas ideas acerca de dónde podría estar.

Lidian miró a Eric.

-¿Te unirás a nosotros en la búsqueda del tesoro?

El rió y negó con la cabeza.

-Tengo absoluta confianza en que tú y Dollie encontraréis el brazalete. Yo me entretendré en el billar, con amigos...

-Y vendrás apestando a humo y a coñac -intervino Dollie, moviendo la cabeza en gesto de desaprobación.

Eric la miró con aire inocente, como si lo acusaran injustamente, y se encaminó al salón de billares.

Impaciente, Dollie arrastró a Lidian fuera del salón de baile.

-Vayamos al piso de arriba -dijo-. Yo conozco un par de cosas acerca de lady Blasedale: le encantan las labores de aguja y tiene un cuarto de costura especial. El brazalete podría estar oculto allí, o tal vez en el cuarto de los niños. Los Blasedale adoran a sus hijos y a sus nietos.

-Yo buscaré en el cuarto de costura -dijo Lidian.

-Entonces yo en e! cuarto de los niños.

Contagiada del entusiasmo de Dollie, Lidian corrió para seguirle el paso y subieron juntas la escalera. Se separaron al llegar arriba y fueron cada una a cumplir su respectiva misión.

En el mismo instante en que Eric llegaba al salón de billares, un sexto sentido lo hizo mirar hacia atrás. Una silueta oscura apareció en su campo de visión, un hombre que recorría el vestíbulo de entrada.

-Ven a tomar una copa, De Gray -le propuso alguien, en voz alta, desde el salón de billares. Era su amigo George Seaforth, el rostro enrojecido intensamente armonizando con su cabello rojo. Eric le lanzó una sonrisa distraída-. Después. Creo que, a fin de cuentas, participaré de la búsqueda del tesoro.

-Apuesto a que estás buscando algo bien diferente del brazalete -comentó Seaforth, y hubo un estallido de carcajadas, al mismo tiempo que Eric se alejaba.

Se dirigió hacia el vestíbulo de entrada y vio al hombre que ya había llegado al tope de la escalera. Y, aunque no estaba seguro de su identidad, tuvo una idea bastante aproximada.

-Spencer -musitó, endureciendo la mandíbula.

Lidian encontró el cuarto de costura de lady Blasedale, entró en él y revisó una pequeña mesa de madera y los bastidores de bordar puestos en fila. Cada labor estaba en diferente etapa. Miró debajo del cuarto bastidor desde la izquierda y el cuarto desde la derecha, pero no encontró nada. Luego buscó en los cestos que contenían hilos de seda de colores, pulcramente colocados en sillas y taburetes. Para su decepción, el brazalete nu estaba. Mientras recorría la habitación tratando de pensar qué era lo que había olvidado revisar, advirtió que había alguien en el vano de la puerta. Se volvió hacia el intruso con sonrisa interrogante... hasta que oyó su voz.

-El único tesoro que vale la pena buscar aquí eres tú.

Con el rostro tenso, y sintiendo frío de repente, Lidian preguntó:

-¿Qué quieres, Chance?

Chance le dedicó una sonrisa malévola, la que siempre le había servido para lograr cualquier cosa que se le antojase. Su imponente presencia, tan elegante y sombría, parecía llenar la habitación.

-Quiero hablar contigo.

-Es demasiado tarde para eso -le dijo, en voz baja-. Tal vez antes me hubiese interesado lo que podías decirme... pero ya no.

El hombre rió suavemente.

-No te enfades conmigo, querida. Tienes todo el derecho de estar molesta por mi comportamiento, pero merezco la oportunidad de explicar...

-No mereces nada -dijo ella, con vehemencia-. Y me importan un rábano tus explicaciones.

-¿En serio? -Sonrió, y dio la impresión de que registraba la agitación del aliento de Lidian, el creciente sonrojo de sus mejillas-. No te soy indiferente, Lidian, aunque te esfuerces por convencerte de lo contrario.

-Tienes razón -le dijo, los ojos echando chispas-. No me eres indiferente. Te odio por lo que me has quitado.

Por un momento, pareció sobresaltado.

-¿Y qué es lo que te he quitado, podrías decírmelo?

Lidian negó con la cabeza, rehusando darle explicaciones.

-Tú, limítate a permanecer lejos de mí. No quiero volver a verte nunca más.

-¿Cómo puedes decir eso? ¿No recuerdas lo que compartimos? Estábamos enamorados, Lidian.

-Eso creí yo -replicó ella, enjugándose una lágrima ardiente que de pronto le resbaló por la mejilla-. Pero descubrí que los dos estábamos enamorados de ti.

Chance emitió una exclamación ahogada y avanzó, con la intención de calmarla. Lidian retrocedió y estuvo a punto de tropezarse con un gran cesto de bobinas.

-¡Aléjate!

-Te haré recordar cómo eran las cosas entre nosotros, y después hablaremos. Ven a mis brazos, querida.

Pero se detuvo al ver la transformación del semblante de la muchacha, y vio que estaba mirando más allá de él a alguien que acababa de llegar.

Si no hubiese estado tan irritada, Lidian habría reído al ver cómo Chance giraba sobre sí mismo y veía a De Gray allí, de pie. Trató de echarlo, pero en vano.

-De Gray -dijo, en amable tono de hombre a hombre-, como puede ver, ha tropezado con una escena íntima. Le ruego que se retire...

-Salga -dijo Eric, el semblante duro como la hoja de un cuchillo.

La boca de Chance se abrió de sorpresa.

-Usted no entiende...

-Fuera-repitió Eric, mirándolo fijamente.

Completamente desconcertado, Chance inició una nueva protesta titubeante, lanzando miradas inquietas a Lidian. Esta se apartó de él, secándose las mejillas húmedas. Lo oyó marcharse y el chasquido del cerrojo cuando cerró la puerta. Nunca se había sentido tan derrotada, tan desecha. Tal vez luego se sintiera avergonzada al recordar que Eric De Gray había presenciado la humillante escena, pero en este momento estaba como insensible. Con un suspiro trémulo, alzó la vista hacia Eric.

-Gracias -susurró--. Si no te importa, preferiría quedarme sola unos momentos.

Extrañada, comprendió que Eric estaba enfadado con ella:

-Pequeña tonta -dijo, en tono áspero-. Sabes que es un canalla sin valor. ¿Por qué no puedes mandarlo a paseo?

Lidian lo miró a través de las pestañas mojadas.

-Chance se acercó a mí en la época en que yo me sentía más vulnerable. Desplegó ante mí toda clase de sueños hermosos y me hizo creer en ellos. Y, cuando me abandonó, todo se marchitó, y me quedé con menos de lo que tenía antes. Ahora no confío en mi propio juicio. -Se esforzó por evitar que le temblara el mentón, pero no lo logró-. Ya no sé qué es el amor... creí que lo sabía, pero estaba equivocada. Lo único que sé es que no quiero salir herida otra vez.

-Todos resultamos heridos alguna vez. No puedes ser tan frágil para permitir que un hombre destruya tu confianza. -Cuando Lidian se alejó de él, Eric la detuvo. Estaba tan cerca que su aliento tibio le rozaba la sien, y Lidian percibió el tremendo poder contenido-. No sabes cuánto deseo seducirte -le dijo, con voz baja e intensa-. Podría hacerte sentir cosas que jamás has imaginado... Podría hacerte olvidar todo, salvo el placer que sentirías en mis brazos. Pero no me aprovecharé de ti, pues si lo hiciera no sería mejor que Spencer. Tendrás que venir a mí. Lidian, cuando al fin abandones las ilusiones y decidas lo que quieres.

Lidian se soltó, airada.

-¡No tienes por qué hablarme como si fuera una niña!

-Eres aún una niña, en muchos aspectos. Pero eso no me impide amarte.

La mente de la muchacha quedó en blanco, y abrió la boca, atónita.

Eric observó la expresión perpleja de Lidian.

-Te amo desde el momento en que te vi. Te amo por tu belleza y tu inteligencia, y por tu terquedad, por el modo en que te has hecho cargo de cuidar a tu madre, el modo en que administras la propiedad y por cómo asumiste las responsabilidades de las que cualquier otra chica habría huido. Te amo por todas esas razones... y por mil más que todavía no he descubierto. -Hizo una mueca de desdén por sí mismo-. Que me condenen si me quedo impávido viendo cómo te retuerces las manos por un tipo como Spencer. No es bueno... y tú lo sabes mejor que nadie. Es hora de ser sincera contigo misma, y conmigo.

Confusa y a la defensiva. Lidian trató de responder, pero Ene le tapó los labios con los dedos. El gesto habría sido tierno si no hubiese tenido el semblante oscurecido por la irritación.

-No puedo quedarme solo contigo -musitó-. Mi control tiene límites.

-Espera -susurró, pero él ya se dirigía hacia la puerta.

En ese mismo momento, Dollie irrumpió en el cuarto.

-Lidian, ¿por qué tardas tanto? Acabo de salir del cuarto de los niños y... -Ante la inesperada presencia de su hermano, se interrumpió de repente-. Eric, ¿por qué estás aquí? ¿Has decidido participar con nosotras...'? -Su voz, fue perdiéndose al ver que su hermano giraba bruscamente y se mesaba los cabellos-. ¡Oh, caramba! -murmuró Dollie, percibiendo la tensión entre ellos-. Espero que no hayáis peleado.

Lidian sonrió con dificultad, aunque el esfuerzo le tensó el rostro.

-Yo diría, más bien, que ha sido una discusión vehemente. ¿Seguiremos buscando el brazalete de esmeraldas?

-No será necesario -contestó Dollie-. La búsqueda del tesoro ha terminado.

-¿Ya ha sonado la campana de plata?

-No... pero sonará. -Con aire triunfal, Dollie mostró la muñeca, en la que brillaban las ricas piedras. El brazalete, demasiado recargado para una muchacha de la edad de Dollie, le rodeaba la muñeca-. Lo he encontrado en el cuarto de los niños, en la cuarta muñeca que estaba en la cuna. -Hizo una pausa y preguntó, esperanzada-: ¿Crees que mamá me dejará usarlo?

Eric echó un vistazo al brazalete.

-Quizá, cuando cumplas veinticinco --dijo, en tono seco. -Vayamos abajo y anunciemos mi victoria-exclamó Dollie, aferrándose al brazo de su hermano-. ¡Ven, Lidian! Lidian negó con la cabeza.

-Iré después. Quisiera tener un momento a solas para ordenar mis pensamientos.

Dollie empezó a discutir, pero Eric la sacó del cuarto sin echar una mirada atrás.

-¿Qué es lo que pasa...? -le llegó, la voz amortiguada de Dollie, que iba perdiéndose a medida que se alejaban.

Lidian sostuvo el borde de la puerta y la cerró con cuidado. Vagó al azar por el pequeño cuarto, sintiendo un torbellino en su interior. Eric De Gray había dicho que la amaba. Sintió cierta euforia, una euforia que muy pronto el miedo disipó.

Desde que Chance la había dejado, sentía miedo... miedo de que no la amara y de que eso pudiera significar que ella no era digna de amor. De arriesgar otra vez el corazón y enfrentarse con la posibilidad del dolor y el rechazo... una perspectiva que la hacía sentirse como si estuviese asomada al borde de un acantilado, a punto de caer en el vacío sin fin. Por primera vez reconoció que su proclamado amor por Chance no era más que una excusa que ella explotó todo ese tiempo para protegerse de otras penas del corazón. Pero no podía dejar que ese miedo la dejara imposibilitada para siempre.

Se sentó ante una pequeña mesa de costura y levantó una bobina vacía, haciéndola rodar entre las manos. Cuando Eric la sujetó, hacía unos minutos, había estado a punto de estrecharla entre sus brazos. Se le erizó el vello de la nuca de excitación. Había querido que la besara, que la reclamara y la poseyese con toda la pasión que ella recordaba. Humedeció la madera del carrete con el sudor de las manos y exhaló lentamente el aliento que sin darse cuenta estaba reteniendo. Era natural que se sintiera tan atraída por él, pues era muy apuesto. Pero lo que sentía por él iba mucho más allá de eso.

Había visto lo protector y cariñoso que era con la familia y cómo todos ellos confiaban en él. No era hombre que asumiera responsabilidades a la ligera, y era ferozmente leal a las personas que amaba. Recordó cómo la había rescatado la noche que ella fue a Craven's, y cómo logró convertir la espantosa experiencia en una aventura maravillosa. "Nunca hago promesas que no puedo cumplir", le había dicho, y ella no dudaba de que era cierto. Lidian apretó el carrete en los puños, sintiendo que la inundaba la ansiedad. No tendría que haberlo dejado irse. Quería estar con él y decirle... ¿decirle qué?

Se llevó una mano al cabello y lo alisó, con ademán distraído, pasando un mechón detrás de la oreja. De repente, todo estaba claro, como si hubiese estado mirando la superficie ondulada de un estanque que de pronto se hubiese aquietado. Quería decirle la verdad a Eric: que soñaba con él por la noche, que últimamente pensaba en él en todo momento. Quería saber todos los secretos de él y, a su vez, contarle los propios. Se le abrieron los ojos, y se le cayó la bobina de la mano: lo amaba... y todo lo que había sentido alguna vez por Chance le pareció borroso y fugaz como una sombra. ¿Cómo no lo comprendió antes?

Se levantó de un salto, aguijoneada por la desesperación de encontrar a Eric y hacerle comprender lo que sentía.

-Por favor, que no se haya ido aún -susurró en breve plegaria, mientras salía corriendo.

El brazalete de esmeraldas fue expuesto a la admiración de lodos, y la inteligencia de Dollie recibió tantos elogios que ella enrojeció de vergüenza. Comenzó a vibraren el aire la música de la orquesta, y los Blasedale abrieron el baile con un tranquilo vals, invitando a los demás a imitarlos. Como no halló rastros de Lidian, Eric decidió que él también podía irse. No tenía ganas de fingir el resto de la velada, mientras Lidian hacía todo lo posible por evitarlo.

Eric mandó a un criado a buscar su sombrero y su abrigo, y a otro, el coche. Sin perder tiempo, se despidió de los dueños de casa, explicándoles que tenía otro compromiso. Los Blasedale se decepcionaron e intentaron convencerlo de que se quedara, pero él se negó, con una sonrisa de disculpa. Fue al vestíbulo de entrada, se encasquetó el sombrero oscuro y se puso el abrigo.

El viento frío lo golpeó en la cara cuando el mayordomo abrió la pesada puerta principal. Eric salió y creyó oír una voz suave a sus espaldas.

-Mi lord.

Perplejo, descubrió que Lidian lo había seguido, sin más abrigo que el vestido de seda. Le pidió al mayordomo que le abriese la puerta y, rodeándose con los brazos, miró fijamente a Eric. Los ojos oscuros brillaban en su rostro pálido. Parecía angustiada y sin aliento, como si le costara esfuerzo contener un torrente de palabras.

-¿Qué pasa? -le preguntó, acercándose a ella.

-Tengo que hablar contigo ahora mismo. -Le apoyó una mano en el brazo, y los dedos se hundieron en la manga del abrigo-. Por favor, llévame contigo.

Era imposible. Si lo hacía, la reputación de Lidian quedaría hecha harapos antes de que acabase la noche. Debía de estar desesperada para sugerir semejante cosa.

-Iré a verte mañana, en la Casa De Gray -le dijo, tratando de hacerla entrar otra vez.

Lidian se resistió, negando con la cabeza, y tembló cuando una ráfaga de viento le atravesó el vestido.

-Estarán nuestras familias... no nos dejarán hablar a solas.

Eric pensó qué otro lugar privado podrían hallar en la mansión Blasedale, y comprendió que no lo había.

-En tu coche -propuso Lidian, mientras él se quitaba el abrigo y le cubría los hombros.

-No. Si alguien te ve subir al coche conmigo...

-No me importa.

El tono era tranquilo pero obstinado.

Eric maldijo para sus adentros. Cuanto más tiempo se quedaran allí, discutiendo, más posibilidades había de que los descubriesen.

-Cinco minutos -dijo, al fin-. Después volverás adentro y te reunirás con los demás.

Ella asintió, y le castañetearon los dientes mientras Eric la hacía bajar rápidamente los peldaños y meterse en el interior a oscuras del carruaje. Con expresión impasible, el cochero cerró la portezuela que los separaba de él. Dentro del vehículo hacía frío, pero por lo menos estaban a cubierto del viento.

-Y bien -musitó, sentándose enfrente-, ¿qué es tan urgente para que estés dispuesta a estropear tu reputación?

-Tenías razón con respecto a Chance -dijo en voz suave-. Es un canalla, y jamás debí confiar en él. Después que perdí a mi padre, y luego a Chance, sentí como si todos los hombres que alguna vez amara de un modo u otro se alejarían de mí. No quería volver a perder nunca más a un ser amado, y traté de protegerme. Pero ahora no tengo alternativa: tengo que correr otro riesgo, o perderte a ti. -Hizo una pausa y juntó valor para decirle la verdad-. La primera vez que nos vimos empecé a amarte. No quería admitirlo... y, hasta esta noche, no he comprendido cuan profundamente te amaba. -Le brillaron los ojos y le tembló la boca-. Te amo -repitió-. Eres todo lo que alguna vez quise.

Eric ansiaba creerle, pero el orgullo y la prudencia lo contuvieron.

-No puedes estar segura de eso. En este momento, no sabes lo que es real y lo que no lo es.

Lidian cubrió el espacio que los separaba y rodeó con su pequeña mano el borde duro de su mandíbula. Se inclinó hacia él y con labios pedigüeños lo besó.

-¿Esto es real? -susurró.

Eric cerró los ojos, luchando por controlarse. Estar solo con ella en este pequeño espacio íntimo era peligroso. Le puso las manos en la cintura con la intención de apartarla, pero el abrigo cayó al piso con ruido sordo y, al misino tiempo, el cuerpo menudo envuelto en seda ya estaba en sus brazos. La vista de los hombros y la garganta desnudos fue su perdición. Se le cortó el aliento y la sangre empezó a retumbarle en los oídos.

-Te amo -repitió Lidian, rodeándole el cuello con los brazos-. Te convenceré... Eric...

Algo salvaje y pagano se irguió dentro de ella: el deseo de poseerlo, de igualar su deseo con el de él. Como en un sueño, le quitó el sombrero de la cabeza y lo dejó caer. Le besó la frente, el puente de la nariz, la superficie tersa de la mejilla, hasta que Eric emitió un sonido ahogado y se volvió para encontrar con su boca la de Lidian. La besó con ardor, la boca dura, exigente, el cuerpo grande tenso contra el de ella.

Deslizó los labios por el cuello de la muchacha, gozando de la piel aterciopelada y tierna y del rápido latir del pulso. Hundió los dedos bajo la línea del escote y ahuecó la mano en torno del pecho desnudo, hasta sentir que el pezón blando se ponía tenso bajo su palma. Pareció beber con avidez el grito suave que escapó de la garganta de Lidian y volvió a posar su boca en la de ella, encontrándose las lenguas en una ardiente sensación.

Lidian jadeó cuando Eric la acomodó contra sus muslos duros, hasta que la masculinidad de él se ajustó íntimamente a su cuerpo. Un placer punzante creció, vertiginoso, y la muchacha tembló y se apretó contra él, hasta que Eric gimió y apartó la boca.

-Lidian -pronunció con esfuerzo, aunque sus manos no dejaron de moverse sobre el trasero y las caderas de la muchacha-. No puedo soportarlo más.

Lidian alzó la vista hacia él y se atrevió a apartar unos mechones que habían caído sobre su frente. El rostro del hombre estaba tenso, los ojos oscuros, brillantes de deseo.

-Ahora tienes que creerme -dijo, en tono un poco más profundo que el habitual.

Eric hizo una mueca irónica.

-Empiezo a creerte -admitió.

Lidian le apoyó la cabeza en el pecho y escuchó los latidos fuertes y regulares del corazón.

-¿Estás pensando en hacerme una proposición, milord?

-Esta noche, no.

-Si lo haces, aceptaré.

De súbito, Eric rió y le besó el hueco suave debajo de la oreja.

-Mozuela impaciente. No puedes aceptar antes de que yo te haga la propuesta.

-¿Cuándo? -insistió.

Eric le alzó la barbilla, contempló el rostro sonrojado, los ojos que brillaban divertidos.

-Cuando esté convencido de que estás segura de lo que quieres.

-Te he dicho...

La silenció con un beso breve y se inclinó para recoger el abrigo y cubrirla.

-Tienes que volver al baile -murmuró-. Si tenemos un poco de suerte, no advertirán tu ausencia.

Cuando Elizabeth Acland, Lidian y los De Gray regresaban a la casa, después del baile de los Blasedale, Elizabeth bullía de agradables especulaciones. Al principio, cuando advirtió la presencia odiada de Chance Spencer en la fiesta, la invadió un temor enfermizo de que se pegara a Lidian y monopolizara la atención de su hija durante el resto de la velada. Pero vio que la muchacha no demostraba ningún interés por él y que no bailaron una sola pieza juntos. Quizás al fin Lidian hubiese terminado con Chance y madurado lo suficiente para no dejarse engañar por esa clase de encanto pegajoso. Y, si era así, quizá pudiese considerar a Eric De Gray bajo una nueva luz.

Demasiado excitada e inquieta para dormir, Elizabeth fue a la planta baja después que todos se acostaron. Decidió beber un jerez y reflexionar a solas sobre los cambios que había percibido en su hija. Lo que más deseaba era que Lidian encontrase un buen hombre para casarse y algún día formara su propia familia. Fue sigilosamente a la biblioteca y descubrió, complacida, que todavía ardían unas ascuas en la chimenea.

Acercándose al aparador, se sirvió una pequeña copa de vino y file a calentarse junto a la chimenea. Suspirando de placer y de soledad, alzó la copa en un brindis:

-Tengo la sensación de que todo saldrá bien, John -dijo en voz queda-. Lidian está madurando, convirtiéndose en una mujer sensata. Estarías orgulloso de ella, querido mío.

-En efecto, lo estaría.

Una voz desde la oscuridad la asustó tanto que casi se desmayó. Elizabeth giró con brusquedad, volcando el vino en la alfombra. Vio la silueta de Garrett De Gray, sentado en la silla de respaldo alto. Tenía en la mano una copa de coñac y bebía lentamente.

Elizabeth enrojeció de vergüenza:

-¡Cómo se atreve a espiarme!

-Como cualquier miembro de la familia podrá informarle, vengo aquí todas las noches, a terminar el día con un coñac.

-Usted bebe demasiado.

-En efecto -respondió, sin inmutarse, y se levantó para quitarle la copa de ios dedos insensibles-. Permítame que vuelva a llenar su copa, lady Acland. Jerez, ¿verdad?

-No hace falta.

Sin hacerle caso, fue hasta el aparador y sirvió jerez de un botellón de cristal.

-Ahora que vamos a formar parte de la misma familia -comentó-, creo que se impone una tregua. Por favor, siéntese conmigo y disfrute del fuego.

-No tenía intenciones de invadir su ceremonia privada, lord De Gray.

-Para mí será un placer contar con su compañía, señora. Pese a su lengua punzante, usted reanima un poco el ambiente.

-¿Cómo puedo resistir semejante halago? -comentó Elizabeth, irónica, recibiendo la copa.

Se sentó en la silla que estaba cerca de la del hombre y acomodó decorosamente los pliegues de su vestido, hasta que quedó perfecto.

Garrett la observaba con expresión indescifrable.

-¿Suele hablar con su difunto esposo, señora?

-De tanto en tanto. -Le lanzó una mirada desafiante-. Pero a veces me resulta reconfortante.

-Quizá yo debería tratar de hablar con mi esposa Audrey. -Esbozó una leve sonrisa-. Aunque ha estado observándome desde el cielo los últimos dos años, sospecho que le encantaría darme una buena regañina.

-Tengo entendido que murió de una fiebre.

Garrett asintió y bebió un gran trago.

-¿Y su esposo?

-El corazón. -Se interrumpió y luego agregó, vacilante-: Había pensado envejecer junto a él. Jamás esperé perderlo tan pronto.

-Sí. --Por primera vez, intercambiaron una mirada de comprensión, y Elizabeth notó que Garrett De Gray tenía unos ojos muy bellos, de un intenso tono café oscuro-. Ahora que alguien se va a hacer cargo de su hija -dijo, marcando las palabras-, ¿cómo ve usted su propio futuro, señora?

-Pienso pasar el resto de mi vida en paz, en el campo.

-Qué interesante -comentó en tono seco, haciendo girar el licor en la copa.

-¿Y cuáles son sus planes, milord? ¿Vivir en casa de su hermano el resto de su vida?

La expresión de Garrett fue divertida y colérica a la vez.

-No, mi pequeña amiga de lengua punzante. Cuando esté listo, me instalaré en mi propia casa. Por ahora, deseo la compañía de la familia de Edgar.

Elizabeth se arrepintió de inmediato de su comentario irritante.

-Lo entiendo -le dijo-. Estoy segura de que es muy difícil vivir solo... y ellos son personas maravillosas, cada uno a su manera.

La frase conciliadora lo hizo sonreír.

-Me gustaría hacerle una invitación, señora.

Elizabeth se puso tensa, pensando que podría tratarse de una proposición tan insultante como la que le había hecho cuando ella acababa de llegar a la Casa De Gray.

-Cada vez que lo desee -continuó-, podría acompañarme con la copa de la noche.

Elizabeth indicó aceptación con un gesto y lo miró con timidez sobre el borde de la copa de cristal.

-Quizá lo haga alguna noche... si usted promete ser amable.

-Puedo hacerlo-dijo, son riéndote... no del modo insolente en que solía hacerlo, sino con un brillo amistoso en los ojos.

A la misma Elizabeth le sorprendió haber aceptado la propuesta de Garrett De Gray no una sino varias veces, hasta que se convirtió en una costumbre acompañarlo todas las noches. El resto

de la familia no sabía nada de esos encuentros clandestinos y, por tácito acuerdo, mantuvieron en secreto la naciente amistad. De algún modo, las conversaciones pasaron de las reminiscencias de los respectivos cónyuges fallecidos a temas más íntimos, y hablaron de sus infancias, de sus sentimientos personales, gustos y repulsiones.

En la tranquila oscuridad, sólo iluminada por un modesto fuego, a Elizabeth le fue fácil revelarle cosas de sí misma que jamás le habría dicho a plena luz del día. Del mismo modo, Garre» se mostró amistoso y le mostró una parte privada de sí mismo que pocos privilegiados conocían. Era muy diferente del marido de Elizabeth. John había sido un caballero en todo momento, tranquilo y refinado, con el carácter más dulce del mundo. Garrett, en cambio, le contaba historias de su pasado plenas de color y, a veces, hasta algo procaces. Poseía una veta de masculinidad terrenal que la intrigaba tanto como la impresionaba.

Elizabeth descubrió que disfrutaba mucho de esos encuentros privados. Y, sin embargo, dos noches atrás había llegado a la conclusión de que esa intimidad estaba yendo demasiado lejos. Se había entusiasmado tanto con la descripción de París, ciudad que ella siempre soñara con visitar, que exclamó, sin pensarlo:

-¡Oh, cómo me gustaría verlo!

-Algún día se lo mostraré -respondió Garrett, con aire tan despreocupado como si se tratara de un lugar ubicado al final de la calle y no en un país extranjero.

Cuando .se separaron, Elizabeth pasó toda la noche preguntándose que había querido decir. ¿Insinuó con ello que viajarían juntos? ¿Sería posible que la incluyese en la misma categoría que sus amigas ligeras de cascos? Seguramente supondría que ella era una viuda hambrienta de amor. Bien, no podía permitir que ese malentendido se prolongara. La noche anterior se había quedado en su propio cuarto en lugar de reunirse con él a conversar, y pasó horas esperando dormirse.

Por la mañana, se encontró con Garrett cuando los dos se dirigían a la escalinata principal, a la hora del desayuno. La mujer se detuvo en cuanto lo vio, sintiéndose sobremanera incómoda.

-Lady Acland -dijo el caballero, con expresión inescrutable-. Anoche no se reunió conmigo abajo.

Elizabeth se detuvo en mitad del pasillo y contestó, incómoda:

-Sí, me... me pareció que nuestras conversaciones se habían vuelto demasiado personales y decidí poner punto final a nuestras veladas compartidas.

El hombre frunció el entrecejo y la observó largo rato.

-Entiendo.

Elizabeth se sintió impulsada a explicarse:

-Yo disfruto de nuestras charlas, milord. De hecho, las espero con impaciencia todas las noches, pero...

Se interrumpió, sin saber cómo seguir.

El hombre se acercó y le tomó la mano, haciéndola sobresaltarse. Sus dedos largos y tibios envolvieron los de ella en un apretón turbador.

-Lady Acland -dijo, sin alzar la voz-, por favor, dígame si la he ofendido de alguna manera.

-Desde luego que no -respondió.

De pronto se quedó sin aliento. Ahora que lo tenía cerca, el perfume de Garrett le llegó a la nariz, en una mezcla sutil de sándalo y cigarros que ya le resultaba agradablemente familiar.

Garrett miró la mano de la mujer, la piel pálida en contraste con la suya propia. Con voz insólitamente tierna y eligiendo las palabras con enorme cuidado, le dijo:

-Señora, permítame asegurarle que tengo por usted gran consideración. Aprecio sus confidencias, así como espero que usted aprecie las mías.

-Por supuesto-logró decir Elizabeth, levantando la vista hacia él.

En lo profundo, los ojos del hombre eran oscuros y cálidos.

-No me prive de su compañía, señora. Echaría mucho de menos ver su rostro al fin de cada día.

Elizabeth se ruborizó como una escolar. Le dirigió una breve señal de asentimiento y tomó el brazo que le ofrecía para acompañarla al desayuno. Le pasó una idea por la cabeza: ¿objetaría John que se uniera a un hombre como este? Echando un vistazo al perfil fuerte de Garrett De Gray, llegó a la conclusión de que no. Incluso le habría agradado. Garrett era un buen hombre, aunque un poco áspero y burlón. Pero por dentro era bueno y honrado: lo que lo había vuelto tan agrio era la soledad.

Poco después de la fiesta de los Blascdale, Lidian, Dollie y los demás De Gray asistieron a un día de picnic y paseo en barco por el Támesis, invitados por amigos de la familia. Era un claro día de primavera, y la brisa fresca soplaba sobre el agua agitando los coloridos banderines de los barcos. Las mujeres comieron finas rebanadas de asado y una variedad de ensaladas, mientras que muchos de los hombres ocupaban varios barcos.

-¿Dónde están Eric, el tío Garrett y papá? -preguntó Dollie, paseándose con Lidian junto a una hilera de coloridas tiendas-. ¿Estarán ya en alguno de los barcos?

Lidian negó con la cabeza.

-Creo que aún están en el muelle, enzarzados en una discusión política, en medio de un gran grupo.

Dollie lanzó una exclamación despectiva.

--Una vez Eric me dijo que cuando un hombre finge discutir sobre política, lo que en realidad hace es hablar de mujeres.

Lidian sonrió.

-No me asombraría.

Vio entre las tiendas un blanco para tirar con arco y observó que algunas mujeres tiraban flechas con habilidad, disparando hacia los blancos rellenos de heno.

-¿Te gustaría intentarlo? -le preguntó Dollie, al verla interesada-. No es tan difícil como parece.

Durante una media hora, Dollie trató de enseñarle a Lidian el arte del tiro con arco, y las dos rieron de buena gana al ver las flechas de Lidian caer en cualquier parte. Cuando hubo fallado al blanco tantas veces como acertó, entregó el arco a Dollie con sonrisa torcida.

-Será mejor que me detenga, antes de que atraviese a alguien. -Llevó una mano al silbato pintado que había decidido usar ese día en el cuello-. Lo llevo para que me dé suerte, pero me temo que no ha sido muy efectivo. Gracias a Dios, una no necesita el arco para la vida cotidiana.

-Pero es divertido. -Dollie tendió el arco y apuntó con cuidado. En ese mismo momento, vio con el rabillo del ojo a un joven apuesto que se le acercaba y soltó la flecha, fallando a sabiendas-. Lord Bollón -dijo, con aire tímido-, ¿no quisiera enseñarme a mejorar la puntería? No puedo lograrlo sola.

Lidian tuvo ganas de reír. Dollie era muy hábil con el arco y podía dar en el centro del blanco cada vez que se le antojaba.

-Creo que iré a hacerle compañía a mi madre -dijo Lidian, sonriendo mientras se alejaba.

Cruzando detrás de una tienda, disfrutó de la brisa fresca que le daba en la cara y la garganta. Llevaba puesto un vestido de lana azul y una capa ligera, el cabello oscuro peinado en una trenza y sujeto en la nuca.

-Lidian.

Al oír la voz de un hombre se dio la vuelta. Para su asombro, vio a Chance Spencer de pie ante ella. Estaba vestido con ropa oscura y corbata de seda negra, con un alfiler de oro adornado con

un diamante. Los pantalones eran demasiado ajustados y destacaban el bulto de su masculinidad, como si fuese un pavo real exhibiendo su plumaje.

Lidian alzó las cejas.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-He venido a verte -dijo.

En los labios de la joven se formó una sonrisa despectiva, y pretendió seguir su camino sin agregar palabra, pero él la sujetó con fuerza de la muñeca.

-No pensarás alejarte de mí -le dijo-. Si todas las mujeres de Londres me desean.

Asombrada ante la vanidad del sujeto, Lidian sacudió la cabeza y forcejeó para soltarse.

Pero él no la soltó.

-Es todo un logro -comentó- atrapar a un De Gray. Tiene toda la riqueza y el prestigio social que una mujer podría desear. ¿Sabe, acaso, que primero fuiste mía, querida?

-Nunca fui tuya.

-Eso puede solucionarse -repuso.

Antes de que Lidian pudiese reaccionar, le tapó la boca con la mano y le pasó un brazo por la cintura. La empujó hacia delante con una rapidez sorprendente, mientras la muchacha forcejeaba. Chance la empujó más allá de la fila de árboles, fuera de la vista del grupo. Había un coche de alquiler esperando, en un camino cercano. Lidian pensó, aturdida, que oía a Dollie llamándola, pero podía no ser otra cosa que el eco de su propio corazón latiendo desordenadamente.

Sin miramientos, Chance la metió dentro del coche e hizo señas al cochero de que partiese. El vehículo arrancó con una sacudida y avanzó veloz por la calle, alejándola de su familia y de sus amigos. Dejándose caer en el asiento de enfrente de Chance, Lidian jadeó de indignación y de temor.

-¿Por qué haces esto?

Chance tenía tal expresión de complacencia consigo mismo que era enloquecedor.

-Es simple, querida -repuso con calma-. Quiero batirme a duelo con De Gray.

Lo miró, perpleja.

-¿Por qué?

-Debes de haberte enterado de que estoy labrándome cierta fama en Londres. Toda persona importante he oído hablar de mí, pero todavía no consigo el respeto que merezco. Los hombres como De Gray me miran con altivez y dicen, con desdén, que no soy compañía digna de ellos. Y a mí se me ha ocurrido un plan para corregir esa situación.

-¿Raptarme a mí?

-Exacto. Cuando se divulgue que te he deshonrado, De Gray me retará a duelo. Me he vuelto bastante diestro con la espada, ¿sabes? He estudiado con los mejores maestros de esgrima del continente. Ya he matado a un hombre en duelo, este año, un pequeño caballero que se sintió obligado a defender el honor de su esposa. -Una sonrisa fanfarrona le cruzó el rostro-. Cuando venza a alguien tan rico y respetado como De Gray, todos me temerán y me admirarán... y seré el más aclamado de Londres.

Lidian lo miró como si se hubiera vuelto loco.

-Vas a deshónrame y a herir o matar al hombre que amo, ¿sólo para realzar tu reputación? ¡Dios mío, esto no es un juego, Chance!

-La vida es un juego -replicó él con ligereza.

-Tú no eres un hombre -le dijo Lidian, entre dientes-. Eres un pavo cobarde. ¡Atacar a una mujer que una vez dijiste amares lomas bajo, lo más rastrero...!

-Yo te amé. -Rió, y movió la cabeza, como si se dirigiese a una niña-. Lidian, ¿no entiendes nada de la naturaleza de los hombres? Todo lo que dije te lo dije en serio.

-¿Y por qué me hiciste promesas que nunca cumpliste? ¿Por qué tuviste que decir que me querías y después no volver a buscarme?

Chance se encogió de hombros.

-Pasó el tiempo... y olvidé que eras una criatura tan encantadora. Pero te quise a mi modo.

-¿A tu modo? -repitió Lidian, estupefacta. Una carcajada amarga se le escapó de la garganta--. ¡Dios mío, qué tonta fui! -Lo miró con una expresión de furia helada tan intensa que la sonrisa de él se esfumó-. Llévame de vuelta.

-Me temo que no puedo hacer eso.

Lidian habló con voz muy suave:

-Si le haces alguna clase de daño a lord De Gray, me cercioraré de que pagues por ello. Y, si lo provocas para que te rete a duelo y él no te mata... yo lo haré. Te lo juro por mi vida.

Chance la miró, sorprendido, y rió:

-¡Qué chica sedienta de sangre! Jamás sospeché que fueses tan apasionada. Eso promete momentos muy agradables.

Lidian se reclinó en el asiento y rogó en silencio que Dollie hubiese visto a Chance haciéndola entrar por la fuerza en el carruaje.

Elizabeth hablaba con un grupo de amigas, cuando la sorprendió ver llegar a Dollie De Gray con el rostro pálido y tenso, llamándola aparte.

-Tía Elizabeth -dijo, en un murmullo apremiante-, ha ocurrido algo malo. Se trata de Lidian... Creo que está en problemas.

Elizabeth se congeló, oprimida por un repentino presagio.

-¿Qué ha pasado? ¡Dímelo pronto, Dollie!

-Hace un minuto, la he visto marcharse del picnic con alguien.

-¿Con quién? ¿Con tu hermano?

La muchacha negó con la cabeza, con expresión afligida.

-Un hombre de cabello oscuro. Tengo la impresión de que era lord Spencer. La metió de prisa en un coche de alquiler y, cuando los llamé, no me hicieron caso.

-¡Dios mío! -exclamó Elizabeth, palideciendo. Era evidente que Spencer pondría a Lidian en una situación comprometida. Había que resolver la cuestión en forma rápida y discreta-. Dollie, tienes que encontrar a tu hermano y decírselo inmediatamente.

-Sí, tía Elizabeth.

Dollie se apresuró a obedecer.

Elizabeth se quedó inmóvil como una estatua, helada de terror por su hija, sin poder creer que hubiese sucedido semejante desastre. Al cabo de unos minutos, vio que un hombre se acercaba a ella. Miró hacia arriba y lanzó un sonido inarticulado al ver el semblante inescrutable de Garrett De Gray.

-Lord Spencer se ha llevado a Lidian -empezó a decir, con voz insegura, pero él le aferró la mano en un apretón tranquilizador.

-Estaba con Eric cuando Dollie se lo contó -dijo, sin alterarse.

Fueron hasta un grupo de árboles donde podían conversar sin ser observados-. Todo saldrá bien, Lizzie. Eric ha ido tras ellos, y él se ocupará de su hija.

-Si Chance Spencer ha mancillado a mi hija, yo... lo mataré -susurró.

-Yo lo mataré por ti -dijo Garrett, sin rastro de burla.

Lo sintió tan fuerte, tan capaz y preocupado por ellas que Elizabeth casi perdió el control de sus emociones.

-Pensé que, por fin, lord Spencer estaba fuera de nuestras vidas.

Garrett frunció el entrecejo.

-Jamás habría imaginado que Lidian tuviese el poco criterio para salir con un tipo como Spencer.

-¡Es una buena chica! -estalló Elizabeth, en una explosión de ira, defendiendo a su hija-. La he educado en los más elevados principios morales, y siempre se ha comportado con honestidad y sin egoísmo. -Le resbalaban lágrimas por las mejillas-. Y, si no lo crees, tú y tu familia podéis iros al infierno.

Garrett la atrajo a sus brazos, estrechándola contra su ancho pecho.

-Te creo -le dijo, en el mismo tono que usaría para consolar a una niña asustada-. Calma, Lizzie. La has educado magníficamente... es casi tan perfecta como tú. Calma, no llores.

Pero Elizabeth no se molestó en contener las lágrimas. Por primera vez en todos los años desde que su esposo había muerto, permitía que un hombre la abrazara, la calmara... y se sintió muy bien.

-Estás tratando de hacerme pasar por tonta -dijo, en tono desdichado-. Estoy segura de que no me consideras perfecta.

Garrett le pasó los nudillos por la mejilla mojada y atrapó un par de lágrimas.

-Después te diré exactamente lo que opino, Lizzie. Después que tu hija haya regresado a salvo, tú y yo sostendremos una larga conversación.

-¿Respecto de qué?

-Entre otras cosas, esto.

Antes de que la mujer pudiese reaccionar, inclinó la cabeza y se apoderó de su boca con un beso devastador. Cuando alzó la cabeza, Elizabeth estaba tan estupefacta que casi no podía hablar.

-T-tú -tartamudeó- eres el hombre más ofensivo que jamás... traer a colación una cosa así, en este momento...

-Sí, lo sé. -Metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo-. Ten, suénate la nariz.

Elizabeth le obedeció, mirándolo con los ojos redondos como platos.

-Eres imposible, Garrett -le dijo, con voz ahogada por el pañuelo-. Mi hija tenía razón: te urge reformarte.

-Únicamente que lo hagas tú -dijo, estrechándola-. No te preocupes -murmuró-. Eric llegará a tiempo.

-Apártate de la ventanilla -le dijo Chance a Lidian cuando miró hacia fuera-. No hay nada que ver... y nadie te ayudará.

Lidian no le hizo caso y se asomó por la ventanilla del coche cerrado, mirando el tráfico que los seguía. El corazón le dio un vuelco cuando vio que un caballo con su jinete se aproximaban a todo galope, acortando rápidamente la distancia. Pensó que debía de ser Eric y gritó, agitando desesperada el brazo para llamar su atención. De repente, sintió que Chance la tironeaba del brazo, haciéndola meterse otra vez dentro del carruaje. Lidian cayó sobre el asiento y miró al hombre con satisfacción:

-Estabas equivocado -dijo, agitada-. Viene a buscarme... y él te hará pagar lo que has hecho.

Comprendiendo que iba a perder la oportunidad de forzarla, Chance dio unos golpes impacientes en el techo, para alertar al cochero.

-No detenga el coche por ningún motivo -gritó.

Pero, en menos de un minuto, se oyeron gritos y el retumbar de los cascos del caballo, y las ruedas comenzaron a aminorar la marcha. Lidian intentó mirar otra vez por la ventanilla, pero Chance la hizo sentarse de un tirón.

-¡No te muevas! -le ordenó.

El coche se detuvo y se balanceó, y pronto la portezuela se abría con violencia. Lidian forcejeó para salir, abalanzándose hacia el hombre que metió la mano en el interior para sacarla. Exhaló un suspiro de alivio al sentir el brazo firme de Eric que la sujetaba por la cintura y la depositaba sobre el suelo.

-Gracias a Dios -dijo, llorosa, arrojándose en sus brazos. Eric la estrechó, con un apretón tan fuerte y fugaz que casi la aplastó, y la examinó con la vista-. Estoy bien -le dijo, sonriéndole.

Estiró una mano hacia el rostro de Eric para asegurarse de que era real. Era Eric... pero tenía una expresión que no le había visto nunca, tan helada y asesina que la hizo encogerse. Los ojos verde grisáceo eran duros como el hielo cuando observó a Chance bajar del coche.

La sonrisa de Lidian se desvaneció y rompió el silencio con voz trémula:

-Quiere... batirse a duelo contigo.

Chance intentó componer una sonrisa fanfarrona.

-Yo diría que ha habido suficiente provocación para eso, ¿usted no, De Gray?

-No habrá ningún duelo -dijo Eric, sin alzar la voz-. Aunque me encantaría cortarlo en tiras, no quiero ver destrozada la reputación de ella.

-Entonces ¿cómo solucionaremos esto...?

Antes de que terminara la oración, Eric se le acercó en una sola zancada. Sus puños aterrizaron en la persona de Chance con duro ritmo de masacre, mientras el otro gritaba y trataba de defenderse. Se trabaron en combate y cayeron a un lado del camino, maldiciendo y alborotando. Eric aporreó la cabeza de Chance contra el suelo y siguió golpeándolo sin piedad, sin detenerse ni cuando el otro comenzó a perder la conciencia.

Lidian se precipitó hacia él, llamándolo.

-¡Por favor, Eric, tienes que detenerte!

Eric se detuvo, respirando agitado y mirando la cara castigada de Chance.

-No vuelvas a acercarte a ella jamás -dijo, con vo?. dura-, o terminaré lo que he empezado ahora.

-Jamás -graznó Chance, entreabriendo los ojos.

Eric se limpió los puños manchados de sangre en la chaqueta de Chance y se levantó. El otro se incorporó con lentitud hasta quedar sentado, gimiendo mientras se tocaba la cara con cuidado.

-Sabía que vendrías por mí -dijo Lidian, con sonrisa trémula.

Eric la miró sin expresión y la llevó hasta el coche. La joven obedeció la señal de subir al coche y se preguntó porqué tenía esa expresión tan adusta.

-No volveré al picnic -dijo-. Tendrás que volver sola.

-¿Qué? -Lidian estaba absolutamente confundida-. Pareces enfadado conmigo. Eric, no creerás que es mi culpa, ¿no? ¡No puedes creer que he venido con él por mi voluntad!

-No sé qué creer -dijo él con frialdad.

-¡Te amo a ti, no a Chance!

-Hace poco, habrías dado cualquier cosa por estar con él.

-Pero ahora lodo ha cambiado. Pensé que lo habías entendido. -Se apeó del carruaje mientras Eric se dirigía hacia el potro castaño en el que había llegado-. ¿A dónde vas?

-No sé -le dijo, sobre el hombro -. En este momento, tampoco me importa.

Herida, temerosa, angustiada, Lidian intentó pensar cómo convencerlo de que se quedara con ella. Tenía que hacerle entender cuánto lo amaba, lo quería, hasta tal punto que jamás habría ido a ningún lado con Chance Spencer por su voluntad.

-Tienes que escucharme...

-Ahora no estoy de humor.

Sin poder creerlo, vio cómo sujetaba las riendas del caballo y montaba sin esfuerzo.

-¡Eric! -gritó, pero pareció que él no la escuchaba.

De inmediato, recordó el silbato que llevaba colgado del cuello. Una vez le había prometido acudir a ella cuando lo soplara. Manipuló con torpeza el objeto hasta que consiguió llevárselo a los labios. Sopló con todas sus fuerzas, emitiendo un sonido agudo y penetrante.

AI oírlo, Eric se detuvo y giró lentamente la cabeza, hasta que las miradas de ambos se toparon. Lidian no se atrevió a respirar mientras él se le acercaba. Eric la miró con expresión frustrada, colérica, y con un extraño toque de diversión.

-¿Qué diablos quieres?

-Estar a solas contigo.

Se produjo un silencio tenso.

-Después -dijo al fin Eric.

-Ahora -insistió ella con suavidad.

La contempló un momento y, por fin, tendió una mano hacia abajo y Lidian se aferró a la muñeca. Eric atrapó el brazo de ella con los dedos y tiró de ella y la depositó en la montura, delante de él.

Al sentir el brazo de él abrazándola, sujetándola con firmeza mientras hacía avanzar al caballo con la presión de los muslos, el alivio desbordó a Lidian. Los minutos siguientes ninguno habló, cada uno perdido en sus propios pensamientos y dudas. Al terminar el corto trayecto, Eric condujo al caballo ante una elegante casa de fachada palatina, de color marfil.

-¿Es tuya? -preguntó Lidian.

Eric asintió. Se apeó y la ayudó a desmontar. Apareció un criado y se llevó el caballo, mientras Eric conducía a la muchacha al interior, llevándola del codo con mano firme. Dentro estaba fresco, con las paredes pintadas de color crema y amarillo claro, con muebles franceses y cortinas de color borgoña y dorado. Lidian tuvo la fugaz impresión de un mayordomo imperturbable y un par de criados que se dedicaron discretamente a sus tareas, sin revelar la más mínima sorpresa de que el patrón hubiese llevado a una muchacha sin otra compañía.

Eric la llevó a su suite privada, que consistía en un recibidor decorado de color crema y azul pizarra y un dormitorio que se veía desde la puerta.

-¿Y bien?

La miró de soslayo arqueando una ceja y esperó a que hablase. Pero la expresión expectante, un tanto burlona, se esfumó cuando Lidian se quitó la capa y se desabrochó el botón superior del vestido. Los nervios le entorpecieron los dedos, pero siguió con el segundo botón y luego el siguiente. Se detuvo a ver si él la observaba y comprobó que contaba con toda su atención.

-Chance me obligó a irme con él -dijo, desabrochando otro botón-. Ocurrió tan rápido que no tuve oportunidad de avisar a nadie. No pude elegir. -La parte superior del vestido empezó a deslizársele de los hombros. Sacó con cuidado la cinta azul del cuello y dejó caer el silbato al suelo-. Chance es un hombre vano, cruel y superficial, y yo fui una tonta por haber imaginado alguna vez que lo amaba. Tú eres el único que quiero... el único hombre en quien confío y a quien deseo. -Sacó los brazos del corpiño, y la parle superior de su cuerpo quedó ataviada sólo con una fina camisa que revelaba la sombra del hueco entre los pechos y los pezones erguidos.

La mirada de Eric estaba clavada en ella.

Al advertir que a Eric le costaba respirar, Lidian se animó a quitarse las horquillas que le sujetaban el cabello. Este cayó como un río de seda negra sobre sus hombros y onduló en su cintura.

-Quiero demostrarte qué es lo que siento por ti, de modo que no queden dudas -dijo-. A partir de hoy, ya no las habrá.

Eric atravesó la habitación y estrechó el cuerpo menudo entre sus brazos, aplastando esa presencia suave y sedosa contra su cuerpo duro, excitado. Bajó la cabeza hasta el hueco del hombro y depositó un beso allí.

-Lidian -dijo con voz ronca-, mi dulce amor... no tienes porqué hacerlo.

-¿Por fin me crees?

-Sí. -Exhaló un largo suspiro y le pasó la mano por el cabello resplandeciente-. No tienes que demostrar nada. -Se interrumpió, y agregó, de mala gana-: Podemos esperar hasta estar casados.

-Si es una proposición, acepto -susurró, besándole la oreja.

Audaz, le llevó la mano de él a su pecho, sobre la fina tela de la enagua.

Eric emitió un sonido amortiguado y acarició el redondo pecho, en una caricia tierna y ardiente. Su boca se curvó en una mueca de burla hacia sí mismo.

-Que el diablo espere -musitó, bajando del todo el vestido y quitándole la enagua.

Lidian tembló de excitación, desnuda ante él, y un rubor la cubrió de la cabeza a los pies. Eric apretó su boca contra la de ella, y sus manos recorrieron las curvas pálidas de los pechos y de las caderas.

Impaciente, se quitó su propia ropa, la tiró al suelo y alzó a Lidian en los brazos. La llevó hasta el dormitorio, la depositó sobre el cobertor de terciopelo y estiró su largo cuerpo junto al de ella. Le cubrió de besos los pechos, mordisqueando los picos sensibles y metiéndolos en su boca hasta el fondo. Temblando de placer, Lidian siguió con las manos el contorno de los músculos de su espalda y se apretó estrechamente contra él, maravillada de la belleza y la fuerza del cuerpo de Eric. EI le murmuraba palabras tiernas y alabanzas mientras le hacía el amor, luchando por contener la pasión.

-Hace tanto tiempo que te deseaba, Lidian... me he esforzado tanto por tener paciencia...

-Ya no hace falta que tengas paciencia-susurró ella, tocándole el pecho.

Era duro y terso como mármol, tibio bajo sus manos pequeñas. Sintió el latido de su corazón y se asombró de afectarlo tan hondamente. La mano de Eric acarició su estómago, bajando hacia la suavidad entre los muslos, y a Lidian se le cortó el aliento cuando sintió allí la caricia íntima de los dedos. Los ojos del hombre eran estanques de luz verde y le sostenía la mirada mientras la acariciaba de maneras que jamás habría imaginado posibles. Le separó los muslos, y sus caderas descendieron sobre ella y empezó a penetrarla. Sintió un tanteo húmedo y duro en el centro mismo y luego un impulso profundo. Dolorida y sorprendida, se arqueó, pero Eric le murmuró y la besó, calmándola, hasta que la sintió relajarse debajo de él.

Estaban unidos por completo, cuerpos y corazones tan apretados que parecían uno solo y no dos. Lidian le enlazó los brazos al cuello y se rindió por entero a él.

Eric contempló el rostro pequeño y le apartó el cabello con mano insegura. Se hundió más en ella e inició un ritmo que la hizo abrir los labios, maravillada. Se aferró a él, retorciéndose, alzándose, sintiendo que el anhelo crecía en ella, abriéndose más para él, hasta que la tensión se quebró en un orgasmo de vibrante poderío.

Mucho tiempo después, se removió entre los brazos de Eric y dijo, adormilada:

-Nuestras familias deben de estar preocupadas. Tenemos que ir...

Eric la besó en la frente:

-Te he comprometido.

-Sin remedio -admitió Lidian, haciendo dibujos al azar en el pecho de él. Sus labios se curvaron en una sonrisa-, Espero que, por fin, te hayas convencido de lo mucho que te amo.

-Convénceme otra vez -susurró, y la abrazó.

-Estás preciosa -dijo Elizabeth, enjugándose los ojos con un pañuelo de encaje.

Esperaban juntas en un salón pequeño, en la parte de atrás de la iglesia, mientras los invitados a la boda se acomodaban. Lidian se alisó las faldas del vestido de novia, confeccionado con capas de delicada seda blanca y trencilla de plata. El escote y las mangas abollonadas estaban terminadas con toques de plata y el velo era una capa simple de seda transparente, sujeta al pelo con rosas blancas.

-Sospecho que pronto harás lo mismo que yo, con el tío Garrett -dijo Lidian.

-Eso está por verse -repuso Elizabeth, con aire remilgado.

Lidian rió.

-Todos saben que los dos os adoráis, mamá. Espero que no lo hagas esperar demasiado.

Elizabeth le devolvió la sonrisa.

-Creo que nos llevamos bien -admitió-. Y me alegra que le hayas pedido que recorra el pasillo contigo, en el lugar de tu padre, Lidian.

Llamaron a la puerta, y Elizabeth fue a entreabrirla. La abrió del lodo para dejar pasar a Garrett De Gray, que estaba increíblemente apuesto con una chaqueta oscura, formal, y pantalones de color crema.

Garrett sonrió, al ver a Lidian con su atavío nupcial.

-Mi sobrino quedará tan obnubilado por tu belleza que casi no podrá hablar.

-Más le valdrá hablar -dijo Lidian, con ceño burlón-, Por lo menos, para decir sí.

-Eric me ha pedido que te trajera esto.

Le entregó una pequeña caja de terciopelo.

Lidian la recibió, sorprendida. Nada podía complacerla más que el regalo de bodas que ya le había dado: la promesa de recuperar el patrimonio familiar y devolverle su antiguo esplendor. Cuando se lo dijo, se arrojó en sus brazos, encantada.

-Si supieras cuánto he soñado con ver Acland Hall como alguna vez fue -le había dicho, derramando besos sobre la cara de Eric-. Es lo más maravilloso que podría haber deseado... bueno, la segunda cosa más maravillosa.

-¿Cuál es la primera? -preguntó Eric, con suavidad.

-Tú -le respondió con una sonrisa, mirándolo con ojos resplandecientes.

Mientras Lidian abría la caja, Garrett observó a Elizabeth con evidente admiración. Recorrió con la mirada su silueta esbelta, ataviada con un vestido de seda color amarillo pálido.

-No podría decir cuál de las dos es más hermosa -murmuró.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

-Debe de estar fallándote la vista.

Lidian miró el contenido de la caja y lo sacó: era un silbato de oro macizo, cubierto de diamantes, colgado de una larga cadena de oro. Sonrió y, al comprender su significado, lo besó en un impulso.

--Qué adorno tan insólito --dijo Elizabeth, mirándolo intrigada-. Pero no pensarás ponértelo encima con el vestido de novia, querida, ¿verdad?

-Lo llevaré junto con las flores, para que me dé suerte. -Lidian levantó las flores y pasó el brazo por el de Garrelt-. Estoy lista -dijo, y su madre la abrazó, antes de salir para unirse a la congregación.

Esperando con Garrett en el fondo de la iglesia, Lidian le dijo en voz queda:

-Espero que tengas intenciones honestas con respecto a mi madre, tío Garrett.

-Me temo que sí -le confesó-. Parece que los varones De Gray tenemos cierta fascinación por las mujeres Acland.

-Gracias al cielo --dijo, sonriendo, y fue caminando con él hasta el altar, donde Eric la esperaba.

FIN